

A man with dark hair and tattoos on his arms is shown in profile, looking upwards. He is wearing a purple long-sleeved shirt. His hands are raised towards his face, with fingers spread. The background is a solid teal color. The lighting is dramatic, with strong highlights and shadows.

Harley LaRoux

THE
DARE

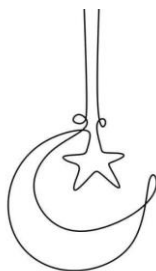
an erotic tale of dark pleasures

Este libro está hecho por y para fans sin ningún animo de lucro por lo que queda totalmente PROHIBIDA su venta en cualquier plataforma.

Las personas involucradas en la elaboración de la presente traducción quedan deslindadas de todo acto malintencionado que se haga con dicho documento. Sin embargo, te instamos a que no subas capturas de pantallas de esta traducción a ninguna red social.

Todos los derechos corresponden al autor de dicha obra.

LETRAS NOCTURNAS TE DESEA UNA FELIZ LECTURA



The dare
Por Harley Laroux

Contenido

Página del título

Advertencia

Parte I – El juego

Parte II – El reto

Parte III – Los payasos

Parte IV – El cuchillo

Epílogo

Advertencia

Este libro no está destinado a menores de edad. Contiene escenas sexuales gráficas, que incluyen fetiches INTENSOS, perversiones y actividades relacionadas con BDSM.

Este libro está destinado únicamente a ser una fantasía ficticia.

Este libro no está destinado a ser utilizado como un recurso para la educación sexual,

o como guía informativa sobre sexo o BDSM.

Las escenas de este libro no pretenden representar expectativas realistas. de BDSM o actividades relacionadas con fetiches.

Perversiones / fetiches dentro:

Este libro contiene intensas escenas de fantasía de perversiones y juegos extremos. Humillación erótica intensa, juego de miedo intenso, juego de dolor intenso, juego de cuchillos intenso, juego sin consentimiento consensuado (con consentimiento mostrado), adoración de botas, azotes, llanto, mamadas, payasos, escupitajos, bondage, juego de luz pública, juego de sangre ligero.

Por favor proceda con precaución.

Parte I – El juego

Muchas cosas cambian después de la preparatoria. Los estudiantes de altas calificaciones se convierten en los tontos, los nerds tímidos de repente se casan y tienen hijos, los tipos que juraron iban a unirse a la NFL terminan uniéndose a la Marina. Las personas toman todo tipo de decisiones extrañas una vez que llegan a la edad adulta, como Daniel Peters, por ejemplo, decidió comenzar a invitar a los fenómenos a sus fiestas.

Fue a finales de octubre, fin de semana de Halloween para ser exactos. La noche era fría, una brisa helada levantaba ráfagas de hojas doradas por las tranquilas calles suburbanas. El vecindario de Daniel estaba cerrado, lo que requería registrarnos en la puerta de entrada antes de que pudiéramos conducir nuestro automóvil. El guardia había dejado una lista de invitados, y la revisó meticulosamente mientras le mostraba mi identificación.

—Jessica Martin, ¿eh? —Dijo, dando golpecitos repetidamente con su bolígrafo en su tablero. Le dediqué una sonrisa tensa e impaciente, y miré hacia atrás a la fila de autos que había comenzado a formarse detrás de nosotros. Daniel era conocido por sus fiestas masivas: decenas, si no cientos, de invitados llenaban la enorme casa, la piscina y el amplio patio trasero de sus padres. Eso era algo que no había cambiado después de la preparatoria: ninguno de nosotros había dejado de salir de fiesta.

—¿Y usted es...? —el guardia miró más allá de mí al pasajero de mi Corolla, mi mejor amiga desde el primer año.

—Ashley Garcia —dijo, mirando su teléfono mientras escribía—. ¿Usted, como... necesita mi identificación o algo?

—No, no, está bien. Entonces, señoritas, ¿se dirigen a una fiesta de Halloween? —Podía sentir los ojos del guardia posándose en mi cuerpo, al menos lo que podía ver de él a través de la ventana. Tanto Ashley como yo nos habíamos disfrazado de ángeles, ángeles cachondos y sexys. Mi

sostén blanco transparente habría mostrado mis piercings en los pezones si no fuera por los cubre pezones que me había puesto debajo, y si me doblara con mi falda corta de satén, la gente definitivamente vería mi tanga. Nuestras alas de ángel eran pequeñas, hechas de plumas blancas, recortadas en la parte posterior de nuestros sujetadores.

Me estaba cansando mucho de que este viejo pervertido intentara hacer una pequeña charla. No tenía ninguna duda de que ya había visto nuestros nombres en la lista y solo estaba tratando de que tuviéramos una conversación con él. Miré hacia atrás con impaciencia cuando otro coche se detuvo en la fila. La camioneta justo detrás de nosotras temblaba y retumbaba, un infierno absoluto para mis oídos. Algo sobre la bestia vieja y fea resultaba familiar...

Luego vi al tipo conduciendo e inmediatamente recordé dónde había visto el camión antes.

—¡El maldito Manson Reed está detrás de nosotras! —Solté, tan pronto como el guardia finalmente nos hizo pasar. Ashley inmediatamente levantó la vista de su teléfono, se giró y se esforzó en su asiento para mirar dentro de la camioneta cuando la dejamos atrás en el portón.

—*Tienes* que estar bromeando —dijo—. ¿Está segura? No puedo ver nada con esos faros.

—Lo *vi*. Y esa es su misma vieja camioneta de mierda.

—Tú no... no crees... —Ashley se reclinó en su asiento, dándome una mirada seria—. No crees que Daniel lo *invitó*, ¿verdad?

—Oh Dios, diablos no —hice una mueca de disgusto—. Daniel no invitaría a ese bicho raro. No después de lo que pasó.

—Recuerda, Daniel ha estado en todo eso de "aceptación para todos" desde que tomó esa clase de Filosofía —dijo Ashley en forma de advertencia—. Y no es como que Manson *viva* aquí. ¿Por qué más estaría en este vecindario?

Negué con la cabeza. —De ninguna manera los estándares de invitación de Daniel han caído tan bajo. Además, literalmente, todos los de la preparatoria están asustados por Manson. Sí, han pasado un par de años, pero nadie olvida realmente al niño que casi apuñala a alguien.

Ashley se cruzó de brazos con un pequeño estremecimiento y aceleré, dejando la vieja camioneta más atrás. Todas las casas del vecindario de Daniel eran enormes, ubicadas en amplios prados detrás de altas puertas de hierro forjado, a la sombra de árboles viejos.

Podía escuchar la música incluso antes de doblar la esquina hacia la calle de Daniel. Los coches se alineaban en la acera, pero me las arreglé para encontrar un lugar a poca distancia a pie.

—Así queeee, o sea, no es por traer momentos vergonzosos —Ashley habló lentamente, haciendo estallar su chicle antes de continuar—. ¿Pero tú y Manson no tenían, tipo, algo?

Suspiré profundamente. ¿Por qué tuvo que sacar *eso* a colación? —Nos besamos en el baño una vez, pero eso no es nada. —Me miró con escepticismo y arqueó las cejas—. ¡*No es nada!*

Ella hizo una mueca. —Quiero decir... Kyle pensó que era algo.

Me burlé. —Kyle y yo ni siquiera estábamos juntos. Éramos tan intermitentes¹.

—Oookay, pero ¿estaban juntos no?

—Aparentemente, Kyle pensó que estábamos juntos —rodé mis ojos—. Por eso fue tan idiota al respecto.

—Sí, pero quiero decir, Manson *le* tiró un cuchillo. ¿Qué tipo de monstruo lleva un cuchillo a la preparatoria?

El tipo de fenómeno que anticipó la ira de mi ex y vino preparado para ella. Kyle siempre había sido un idiota para Manson, había sido un idiota para todos, pero Manson en particular. Era la víctima perfecta: tranquilo, con la cabeza gacha, normalmente vestido de negro, con una chaqueta vaquera cubierta de parches. Manson había corrido con la multitud gótica, los patinadores, incluso los chicos de anime. De alguna manera se las había arreglado para poner su pie en todos los grupos de rechazo posibles. Fue un buen saco de boxeo para Kyle, especialmente una vez que Kyle se dio cuenta de que Manson y yo... teníamos...

¹Relación intermitente: adoptan una forma o patrón cíclico, que incluye una reconciliación, luego una ruptura y luego una reconciliación.

No *algo*, no. Pero por mucho que me había burlado de Manson -la pequeña animadora engreída que era- Manson también bromeó. Tuvimos la desgracia de que nuestros casilleros estaban uno al lado del otro, por lo que no había forma de evitar ver su cara molesta. Había días en los que peleábamos de un lado a otro en los pasillos durante todo el camino a clase, apodos, insultos, risas...

No estaba realmente segura de si era normal enamorarse de mi némesis, pero una cosa llevó a la otra y... entonces Kyle descubrió que yo de hecho había *besado* a Manson. Fue un suicidio social para mí, pero fue una gran manera de cabrear a mi ex.

Kyle y tres amigos habían acorralado a Manson en el baño de chicos. Habían planeado golpearlo, Kyle me contó algunas mierdas más tarde sobre "defender mi honor". Pero Manson había venido preparado.

Tenía que haber sabido en lo que se estaba metiendo cuando me besó: yo era la ex de Kyle, la capitana del equipo de porristas, una de las chicas más populares de la escuela. Llevé a Manson al baño, cuatro días después de que Kyle y yo rompimos, y me besé con él contra la fría pared de azulejos.

—Tú sabes que todo fue solo para hacer enojar a Kyle, de todos modos —dije enérgicamente, volviendo a aplicar mi brillo de labios en el espejo de la visera—. Odiaba a ese chico. ¡Además, Kyle me había dejado por ¡Veronica Mills! *Obviamente* tuve que cabrearlo.

—Sí, bueno, funcionó —Ashley se encogió de hombros—. Kyle se enojó, volvieron a estar juntos, y luego rompieron de todos modos—. Ella puso los ojos en blanco—. Podrías haber elegido a otra persona con quien cabrearlo. Manson parece que le gustaría, tipo... matar animales pequeños.

Un impulso repentino e intenso de negar su evaluación se apoderó de mí. Le había dicho cosas peores sobre Manson en su cara, pero cuando alguien más lo decía, me irritaba de una manera que no podía entender del todo.

Me lo quité de encima. Ese fue el pasado, un pequeño drama de la preparatoria. Era mejor no insistir en eso. Metí la mano en el asiento trasero para agarrar mi bolso, y Ashley de repente me agarró del brazo.

—Manson a las doce en punto —murmuró.

Miré hacia arriba lentamente. La gran camioneta de Manson se había detenido para estacionar frente a nosotros. Ay, Dios mío. No... no, no él no podía estar *realmente* aquí para la fiesta...

Se abrió la puerta de la camioneta. Manson era un tipo alto y delgado, y parecía aún más alto con sus jeans ajustados y sus botas de cuero con cordones. Llevaba una camiseta negra que le ceñía el pecho y estaba cruzada con una especie de correas de cuero, ¿un arnés? Había tenido un mohawk en la preparatoria, pero ahora su cabello castaño claro estaba peinado hacia atrás. Cuando saltó de la camioneta y cerró la puerta de golpe, se colocó con cuidado una gorra oficial de vinilo brillante en la cabeza.

—¡Dios mío, mira hacia abajo, mira hacia abajo, mira hacia abajo!

Ashley trató de advertirme, pero era demasiado tarde. Manson pasó junto a nuestro coche y me miró a los ojos, congelándome en mi asiento. Tenía un lente de contacto blanco, lo que le daba un aspecto espeluznante a su rostro, su otro ojo lucía casi negro en contraste. Tragué saliva cuando pasó, incapaz de apartar la mirada, incapaz de parpadear.

Me sonrió, una sonrisa lenta y apreciativa. Luego se fue por la acera hacia la fiesta. Suspiré, desplomándome en mi asiento. Quizás no me había reconocido. ¡Quizás no me recordaba en absoluto!

Pero *yo* podía recordar. Todavía podía imaginarme el rostro de Manson cuando lo acompañaron a la oficina del director. Sabía lo que Kyle iba a hacer y le había enviado un mensaje de texto a Manson la noche anterior, el único mensaje de texto que le había enviado, diciéndole que no viniera a la escuela. Él vino de todos modos. Cuando finalmente sacaron a rastras del baño a todos los chicos, los dos guardias del campus se habían llevado a Manson. Tenía ese gran hematoma púrpura en la mejilla izquierda, un goteo de sangre que le corría por la barbilla desde un labio partido y una sonrisa sombría en su rostro.

Me sentí rara mientras pensaba en ello y me retorcí incómoda. Había algo aterrador en la forma en que se veía, pero no podía quitarme su cara de la cabeza. No había tenido miedo. Llegó ese día sabiendo lo que iba a

suceder, y apuntó con un cuchillo a Kyle Baggins de dos metros y medio y a sus amigos deportistas.

Quería besarlo de nuevo cuando lo vi escoltado. Quería enviarle un mensaje de texto cuando me enteré de que lo habían expulsado. Quería decirle que estaba orgullosa de que se hubiera defendido, que Kyle se había merecido el susto, que no lo culpaba por traer el cuchillo.

Nunca lo hice. Tenía una reputación que mantener y Manson Reed no encajaba en eso.

—Qué. Repugnante. —Ashley dijo, abriendo la puerta de un empujón—. Lo estamos evitando como una plaga. Ojalá lo echen.

—Con suerte —murmuré, mientras me deslizaba sobre mis talones. Los zapatos eran altos, con un patrón de filigrana blanca y tiras que me llegaba hasta la rodilla. Vi mi reflejo en la ventanilla del auto y sonreí. Me encantaba hacer un entrada.

La pasarela que conducía a la casa estaba llena de linternas de calabaza, pilares de velas parpadeando dentro de sus rostros amplios y sonrientes. Esqueletos de plástico junto a las puertas de entrada de la casa y lápidas falsas cubrían el césped del jardín delantero. El bajo contundente de un DJ en vivo me atravesó el pecho mientras presionaba el timbre. Fue solo unos segundos antes de que una mujer de mediana edad con el cabello rubio decolorado y un vaso de sangría abriera la puerta.

—¡Oh, Dios mííííoooo, Jessicaaaaaa! —ella chilló, envolviéndome en un abrazo apretado que me aplastó contra sus tetas falsas—. Y Ashley, oh Dios mío, ¡*bienvenidas* señoritas!

—Hola, Sra. Peters —le di una sonrisa mientras entramos en la entrada. La Sra. Peters era la definición literal de una "madre genial", ella siempre estaba presente en las fiestas de su hijo, riendo, bailando y bebiendo. Ella era uno de esos padres que realmente no parecían padres, pero de vez en cuando dejaría caer algo de sabiduría que solo podría provenir de décadas de experiencia en el planeta.

Las paredes de color crema pálido y la mesa decorativa de caoba en el salón de entrada había sido sembrada de telarañas falsas, y las bombillas del candelabro del techo se cambiaron por luces negras. Maniqués

realistas de zombis bebés estaban metidos en las esquinas y nos miraban desde la escalera. La casa estaba llena, como había esperado. Había docenas de personas que conocía, algunos amistosos, otros no. Ser capitana del equipo de porristas y salir con el mariscal de campo estrella del equipo de fútbol definitivamente me había hecho ganar algunos enemigos, incluso después de la graduación. Sabía que no había sido la más amable de la preparatoria, pero lo que sea. El pasado era el pasado.

Ashley y yo nos servimos algunas bebidas y deambulamos por la fiesta, reuniéndonos con amigos y haciendo pequeñas conversaciones, admirando la espeluznante decoración de la casa. Daniel siempre se había asegurado de hacer todo lo posible con las decoraciones de su fiesta. La sangría se llevó a cabo en un caldero de brujas gigante, la salsa de queso había sido moldeada en la forma de un cerebro, e incluso los entremeses parecían pequeñas arañas espeluznantes y dedos cortados.

Afuera, la gente se zambullía en la piscina climatizada y jugaba a beber en las varias mesas que habían sido preparadas para albergar beer pong y King's Cup. El DJ tocaba en el mirador cubierto de telarañas, vestido con un traje rojo brillante y cuernos de diablo. El patio trasero era grande, cubierto de hierba, con hileras de arbustos que cubrían el muro de piedra que lo rodeaba.

Cerca de las mesas de beer pong finalmente encontramos a Daniel, disparando una cerveza antes de saltar, completamente vestido, a la piscina. Pero no había estado bebiendo solo. Había estado bebiendo junto a nada menos que Manson Reed, quien tiró a un lado su lata de cerveza vacía con una sonrisa y se rió mientras Daniel se sumergía.

Me sentí como si hubiera entrado en el Uncanny Valley. Había estado un poco fuera de lugar desde que comencé la universidad, pero todo esto estaba mal. ¿Por qué diablos estaba bebiendo Manson con Daniel? ¿Por qué estaba rodeado de personas que no lo habrían mirado dos veces en la preparatoria? Por qué...

—¿Por qué te está mirando? —Dijo Ashley, llevándose el vaso a la boca para enmascarar sus labios. Tenía razón: los ojos de Manson se habían posado en mí y aún tenía que apartar la mirada. Había reconocimiento en sus ojos y me pregunté qué recuerdo le vino primero. ¿Era yo que lo miraba en silencio mientras caminaba por los pasillos

sosteniendo la mano de Kyle? ¿O era mi cara a centímetros de la suya antes de que nos besáramos, mientras susurraba: "¿Prometes no decirlo?"

Con un repentino dolor agudo en mi pecho, me pregunté si me odiaba. No es que me importara ganarme la aprobación de un bicho raro como él, pero... la forma en que me miraba no se *sentía* odiosa. Parecía curioso, sus ojos se detuvieron en mi cara y luego hacia abajo, sobre mi cuerpo. Por supuesto que se quedaría mirando. Todos miraron. Pero de alguna manera todavía sentía... qué era esto... ¿*culpa*?

Después de todo, me había besado con él e inmediatamente volví con el tipo que lo había estado intimidando desde el primer año. Me burlé de él sin descanso, difundí rumores sobre él, me reí de él. Si eso no me hacía parecer una idiota, no sabía qué lo haría.

—¡Oigan, señoritas, bienvenidas! —Daniel corrió, chorreando de la piscina, ofreciéndonos hi-fives en lugar de abrazos. La mirada de Manson finalmente se rompió cuando Daniel tomó su mano amigablemente y dijo—: Buen trabajo, hermano. ¡Simplemente no lo suficientemente rápido!

—Esto es tan jodidamente extraño —susurró Ashley—. ¿Desde cuándo son amigos?

Me encogí de hombros, tratando de no detenerme en el tema. Cuanto más lo pensaba y cuanto más miraba a Manson, más incómoda me sentía. E "incómoda" no era un sentimiento normal para mí en absoluto.

Una ronda de beer pong acababa de terminar, así que Ashley y yo nos acercamos para desafiar a los ganadores. Siempre había sido una persona competitiva, ya fuera porristas o beer pong, odiaba perder. Hundimos los vasos del equipo contrario rápidamente, bajándolas en unos minutos y consiguiendo un buen zumbido mientras estábamos en ello. Con el juego terminado, me di cuenta de que una pequeña multitud se había reunido para vernos jugar. Manson también estaba mirando. *Mirándome*.

Una vez más, el miedo de que me odiara se apoderó de mi pecho, pero no podía entender por qué me importaba. No lo había visto ni había pensado en él en años. Nuestro beso se había desvanecido en el fondo de mis recuerdos, al igual que todas nuestras tensas interacciones, todas mis palabras crueles y miradas altivas. Se había desvanecido, hasta que lo vi

esta noche. Ahora todo volvió a chocar contra mí como un puñetazo en el pecho.

Pensé en el moretón debajo de su ojo después de que Kyle lo persiguiera... la sangre en su labio... pero nada de esa mierda era mi culpa. De acuerdo, tal vez algo fue culpa mía... y claro, la mayoría de mis interacciones con él habían sido burlándome de él y llamándolo por apodos... ¡pero él también se burló de mí!

Todo lo que hice fue besarlo.

Y él me devolvió el beso.

Pasé demasiado tiempo desde entonces tratando de averiguar *por qué*. ¿Por qué Manson Reed?

No había sido por su tranquilidad, las miradas inquietantes siempre me habían asustado, y las cosas que me asustaban eran irresistibles. No había sido porque detrás de ese exterior tímido y retraído estaba seguro de que había una bestia al acecho. No había sido porque sus labios eran sorprendentemente suaves, y cuando lo besé, envolvió su mano alrededor de mi garganta, y mi corazón se aceleró por un segundo.

No. No había sido nada de eso. En absoluto. Era solo una mierda de la preparatoria que sería mejor olvidar.

—¿Quién es el siguiente? —Ashley se echó a reír, sorbiendo lo último de su bebida—. Vamos, ¿quién es el próximo retador?

—Tendré que ir yo.

Mi corazón se hundió en mis zapatos. Manson había dado un paso al frente. Ahora que estaba más cerca, de pie casi directamente frente a mí al otro lado de la mesa, podía ver que se había vuelto musculoso desde la última vez que lo vi. No era voluminoso, pero sus bíceps se tensaron contra las mangas de su camisa y su pecho estaba apretado debajo del arnés de cuero que llevaba. ¿Qué pasaba con ese arnés de todos modos? ¿Cómo diablos se suponía que debía vestirse? ¿Fue una especie de fetiche?

—Uh, claro, está bien —Ashley sonaba irritada—. ¿Quién es tu compañero de equipo?

Manson se encogió de hombros. —Solo yo. Yo contra ella. —Me señaló. Fue una lucha evitar que mi boca se abriera. Escondí mi incomodidad detrás de la mejor cara de perra en reposo que pude manejar.

—Sí, tal vez no te hayas dado cuenta, pero estamos jugando en *equipos* —dije despacio, sarcásticamente.

—Aw, ¿tienes miedo de perder si juegas sola? —Su voz era burlona, familiar. Era la misma forma en que me había hablado en la preparatoria cuando respondía con brusquedad a mis bromas. Excepto que ahora su voz era más tranquila. Era casi arrogante en la forma en que se comportaba, en sus gestos, en su tono.

Maldita sea, sabía cómo llegar a mí.

Me reí. —Oh, cariño, no. Más bien me aburriría de lo fácil que será vencerte.

—Supongo que aceptas el reto, entonces —dijo, haciendo rebotar la pequeña bola blanca en la mesa—. Quiero decir, es una victoria fácil para ti después de todo, ¿verdad?

Mi mandíbula se apretó. Quería decir algo grosero, pero Daniel nos interrumpió.

—Woah, chicos, si van a ir uno contra uno, ¡hagamos esto un poco más interesante! —Se acercó a la mesa, marcador en mano, y empezó a escribir en nuestras tazas: una sola palabra en unos y nada en otros. Mientras escribía en uno de los más cercanos a mí, vislumbré lo que decía: RETO.

—¡Bebe o reto! —él exclamó—. Las mismas reglas de la casa, excepto que, si lo haces en una de las copas de "reto" de tu oponente, ellos tienen la opción de hacer tu reto en lugar de perder la copa. —Él sonrió con picardía—. Cualquier desafío que quieras. Sin límites.

La multitud comenzó a vitorear y luego corear: —¡Bebe o reto! ¡Bebe o reto! ¡Bebe o reto! —Era exactamente el tipo de espectáculo que a un grupo de estudiantes universitarios con cara de mierda les encantaría, y con tantos ojos puestos en mí, nunca lo olvidaría si me echaba atrás.

—Bien —dije, recogiendo mi pelota—. Espero que estés listo para ser

humillado, Manson. Oh, espera... pero ya estás acostumbrado a la humillación, ¿no?

La multitud estalló en carcajadas. Sabían exactamente de lo que estaba hablando. *Todos* ellos sabían. Es posible que Manson se las haya arreglado para llevarse bien con Daniel, pero eso no significaba que todos hubieran olvidado de dónde venía.

Manson se limitó a sonreír mientras nos veíamos cara a cara. —Así que *sí* recuerdas mi nombre. Me siento halagado, Jessica. Señorita Popular recuerda quién soy, ¡oh, vaya! —Su voz estaba llena de sarcasmo. Alineó su tiro y dijo—: Supongo que besaba tan bien que no puedes olvidar mi nombre.

Menos gente sabía de eso. Mucha menos. Pero todavía había murmullos y jadeos de "¡oooh, mierda!" de los que sabían. Hice una mueca, instantáneamente irritada cuando mi cara se puso caliente. Esa sonrisa suya era desconcertante, tan desconcertante que perdí mi vaso y perdí el ojo a ojo. Maldije en voz baja. No podía dejar que se metiera debajo de mi piel.

—Entonces, ¿cómo ha estado Kyle, Jess? —Manson dijo mientras alineaba su primer disparo.

—No lo sabría —dije bruscamente—. No estamos juntos.

—Aww, muy mal. El Rey y la Reina *no* obtuvieron su felices para siempre. Qué mundo tan triste. Honestamente impactante. —Su pelota voló por el aire y se hundió, afortunadamente no en una copa de desafío. No sabía qué tipo de desafíos se le ocurrirían, pero no quería averiguarlo. Bebí la cerveza barata y dejé el vaso a un lado.

—Me sorprendió verte aquí, Manson —le dije, apuntando—. No sabía que Daniel estaba invitando a los perros.

Más risas, incluso de Manson. Las palabras rebotaron en él como pelotas de ping pong. La rutina me resultó familiar. Cuanto más nos movíamos de un lado a otro, más se aceleraba mi corazón.

—A todo el mundo le gustan los perros —dijo, inclinándose detrás de los vasos de modo que, mientras apuntaba, me vi obligada a mirarlo a los ojos. Él era tan malditamente distractivo, y espeluznante, con ese lente de

contacto blanco—. Y aquellos que no lo hacen, bueno... solo los imbéciles patean a un perro y esperan que no los muerdan.

—¿Todavía llevas cuchillos? —Traté de sonar condescendiente, pero mi voz se disparó.

—Siempre. —Muy serio. Tan malditamente serio. Me temblaba la mano y la pelota voló, ¡entró! ¡Un vaso de reto también! Me crucé de brazos victoriosamente

—Entonces, ¿cuál es su desafío, señorita Jess? —dijo, mirando la taza pensativamente—. Podría solo tomarlo.

La multitud gritaba sugerencias, desde lo mundano hasta lo completamente indignante. Entonces Ashley se inclinó hacia adelante y me susurró al oído, y sonreí con picardía.

—Te reto... a entrar, meter la cabeza en el inodoro y tirar la cadena —le dije con dulzura. Su sonrisa, esa sonrisa tan arrogante, vaciló levemente—. Tuviste mucha práctica con eso ya, ¿verdad?

Por un segundo, pensé que podría hacerlo. En cambio, bebió el vaso y la dejó a un lado. Sin embargo, todavía tenía el efecto que quería: había perdido su sonrisa arrogante.

—Oh, Jess —negó con la cabeza—. Jess, Jess, Jess. ¿No sabes que se supone que debes crecer después de la preparatoria? Todos somos adultos aquí. —Lanzó la pelota y entró. Un desafío para mí también—. Pero supongo que algunos de nosotros realmente lograron la cima en la preparatoria.

—¿Cuál es tu desafío? —Espeté. No había forma de que perdiera este juego; aceptaría cualquier desafío que me diera.

Ni siquiera lo dudó. Solo había estado esperando la oportunidad de decirlo. —Besa mis botas.

La gente jadeaba, reía y silbaba. Ashley hace un ruido horrorizado detrás de mí. Fruncí el ceño. —Entonces... ¿qué... solo un pequeño beso?

—Oh, no, no, no —se rió entre dientes, caminando alrededor de la mesa para que pudiera verlo completamente, con botas y todo—. Te reto a que te pongas de rodillas, bajes la cara al suelo y beses mis botas durante

sesenta segundos. —El horror en mi rostro le devolvió esa sonrisa arrogante—. O puedes acobardarte y beber.

—Grandes palabras de alguien que simplemente se negó a *su* reto —le respondí. Pero no se inmutó.

—Sí o no, Jessica —dijo. Ahora la multitud estaba invertida. Por supuesto que querían verme hacerlo, malditos pervertidos. De todas las cosas que podía elegir, había optado directamente por algo humillante, no es que yo hubiera elegido un modo diferente. Eché mi cabello hacia atrás, decidido a no dejar que me viera sudar.

—Bien. Sesenta segundos.

La multitud estalló en vítores. Ashley estaba murmurando protestas detrás de mí, sorprendida de que realmente fuera a hacerlo. Caminé alrededor de la mesa, el corazón latiendo con fuerza mientras Manson estaba de pie frente a mí, con los brazos cruzados. A medida que me acercaba, recordé lo alto que era. Podía mirarme hacia abajo incluso con tacones, y cuando caí de rodillas en la hierba, se cernió sobre mí como un espeluznante espectro de ojos muertos.

Miré hacia arriba y Manson me sonrió. —Te ves mucho mejor de rodillas, Jessica —dijo en voz baja, lo suficientemente suave como para que nadie más pudiera haberlo escuchado por encima de la música.

—¿Disfrutando tu venganza? —Siseé.

Él se rió, sacudiendo la cabeza. —Es solo un reto, Jess. Es un juego.

No era *sólo* un juego. Era más que eso. Era una venganza por cada vez que me reía de él, cada vez que susurraba sobre él a sus espaldas. Venganza por el beso que lo había atacado y expulsado.

No iba a dejar que me viera sonrojar... pero el calor en mi cara se había convertido en un incendio forestal, superando cada centímetro de piel. Estaba segura de que incluso mis dedos de los pies estaban sonrojados. Bajé la cabeza... me agaché ... el culo hacia arriba. Mi falda se subió y el aire frío de la noche rozó mis mejillas. Estallaron vítores, silbidos y abucheos: si iba a llamar la atención, sería caliente mientras lo hacía.

Haría que Manson quisiera tener más de mí.

Sus botas brillaban, como si las acabaran de lustrar. El cuero estaba gastado, con grietas y arrugas alrededor del tobillo y donde sus cordones estaban apretados. A medida que me acercaba pude oler el cuero en sí, rico y ligeramente dulce. El olor se precipitó en mi nariz y despertó algo en mí, una extraña sensación que no pude nombrar. Inhalé de nuevo, profundamente, llenando mi cabeza con el aroma.

Besé la punta de su bota, provocando más vítores de la multitud. El cuero se sintió suave debajo de mis labios. Lo besé de nuevo, luego cambié y besé al otro. Sesenta segundos... solo sesenta segundos... eso pasaría rápido, ¿verdad? Toqué mis labios ligeramente con ellos, pero, aun así, mi pálido brillo de labios dejó la huella de mis besos atrás. Las marcas permanecerían allí, probablemente por el resto de la noche, un recordatorio constante de lo que había hecho. El calor que había estado aumentando en mis mejillas se convirtió en un resplandor, y estaba agradecida de que mi cabello ocultara mi rostro. La posición en la que había elegido colocarme estaba haciendo que mi tanga apretada presionara aún más contra mis partes íntimas, y de repente estaba *horriblemente* consciente de que estaba teniendo una reacción a esto que no esperaba.

Me estaba mojando. Mi coño se sentía tan caliente que era como si ella también se sonrojara. ¡Mierda, mierda, mierda! Seguramente no se vería a través de mi tanga, pero la idea de que alguien pudiera ver una mancha húmeda cuando estaba en esta posición humillante hizo que mi rubor se enfriara de horror.

¿Por qué esto me excitaba?

Besé la punta del pie, hasta que llegué a la curva de su tobillo. Besé allí también, donde estaba gastado el cuero. Me pregunté cómo sería pasar mi lengua por él, sentir la textura del cuero, saborearlo, solo una vez.

Fue el minuto más largo de mi vida.

Nunca había hecho algo tan descaradamente degradante. Esperaba sentir que mi vergüenza se volviera espesa y se asentara en mi estómago, lo retorciera como comida podrida y me dejara sintiéndome mal. En cambio, ese sentimiento de vergüenza se estaba convirtiendo en lujuria, y de repente estaba pensando en Manson presionando la suela de su bota

contra mi cara. Pensaba en él aplastándome contra la hierba, riéndose de mí, llamándome puta sucia por atreverme a que me gustara...

—¡Sesenta segundos! —Daniel gritó el conteo, con el sonido de más vítores y silbidos. Me levanté, sintiéndome mareada, y me di la vuelta lo más rápido que pude. No quería ver el rostro engreído y victorioso de Manson.

Volví a mi lado de la mesa, con la barbilla levantada y me recogí el cabello, tratando de actuar como si nada inusual hubiera pasado. Ashley me estaba mirando con los ojos muy abiertos.

—¿Fue tan malo? —Dije suavemente, tomando su bebida mientras ella me la ofrecía y bebiendo el alcohol.

—Bueno... quiero decir... fue eh... —se encogió de hombros, sacudiéndose—. Fue sólo un reto. Y te veías jodidamente caliente haciéndolo. Pero chica... eres *realmente* ardiente.

Asentí rápidamente. Si hubiera podido desear que mi rubor desapareciera, lo habría hecho. En su lugar, permaneció, mi propia letra escarlata marcada en cada centímetro de mí.

Calmando mi respiración, me volví hacia mi oponente. —¿Por qué diablos estás sonriendo? —Exigí. Manson pareció complacido. Demasiado complacido.

—¿Valió la pena no perder el vaso? —él dijo. Preparé mi puntería.

—Por supuesto que lo fue. No planeo *perder*, Manson. —Hundí su vaso y bebió de nuevo, pero había obtenido la victoria y ambos lo sabíamos.

Intercambiamos vasos, de ida y vuelta. Hizo su siguiente reto, tomando un trago de huevo crudo sin esfuerzo cuando esperaba verlo atragantarse. Tomó más de las mías, vasos sin atrevimiento, así que me las bebí. Era solo cerveza barata, por lo que mi zumbido fue sutil incluso cuando solo me quedaban 4 vasos.

—Parece que *podrías* estar perdiendo, Jess —Manson se rió entre dientes, negando con la cabeza—. A menos que *en verdad* te guste hacer retos.

—Yo no pierdo —dije, mi voz goteaba con falsa dulzura. Mientras yo estaba distraída con sus burlas, él hizo rebotar la pelota y entró, y la multitud se quedó sin aliento por mi mala suerte. Dos vasos para una, ambas de reto. Suspiré, cerrando los ojos para enmascarar mi frustración.

—Solo dame el reto —gemí, seguro de que a Manson se le ocurriría algo maligno. Alguien le entregó una bebida mezclada de la que tomó un largo sorbo, y ver la camaradería me puso de los nervios. ¿Por qué a la gente le agradaba? ¿Por qué todos habían decidido de repente ser amables con el fenómeno?

—Es por dos vasos —dijo en tono de advertencia—. Sabes que va a ser difícil.

—No me asustas, Manson.

Una mentira, él *me* asustaba. Con un ojo blanco, esa sonrisa confiada y las marcas de mi beso en sus botas, parecía que tenía todo el poder. Peor aún: cada vez que lo miraba y lo encontraba devolviéndole la mirada, sentía una ráfaga cálida en el vientre y un hormigueo en la espalda.

Me estaba excitando. Sólo *parado* allí, me estaba excitando, y *eso* me asustó.

—Me gusta esa tanga que estás usando —dijo pensativamente, posando un poco, como si estuviera pensando. Mi estómago se hizo un nudo—. La vi mientras estabas de rodillas. Una elección muy linda para usar debajo de una falda corta. —Puse los ojos en blanco. No me avergoncé de que la multitud hubiera visto mi ropa interior; Siempre había disfrutado presumir, sabiendo que me deseaban, pero no podían tenerme. Pero tenía la sensación de que sabía lo que Manson me iba a desafiar a hacer, y ya no me gustaba—. Quítate la tanga —dijo—. Y dámela.

De inmediato sonaron vítores y silbidos. Atrajimos a una multitud considerable. Allí estaban las chicas de mi antiguo equipo de porristas, gente que conocía desde hacía años. Todos mirando, esperando, sorbiendo sus bebidas.

Si dudaba demasiado, lo pensaría demasiado. Yo *no* iba a perder, no con Manson. Metí la mano debajo de mi falda y tiré de mi tanga. Mientras lo hacía, podía sentir mi excitación adherirse a la tela. Incluso mirándolos

brevemente, noté que había una mancha de humedad en la tela que delataría toda mi postura orgullosa en el segundo en que la mirara.

Alguien aulló su aprobación. Los teléfonos estaban fuera, grabando. Esto estaría en todas las redes sociales por la mañana. Pero puse mi mejor sonrisa sarcástica y giré las bragas alrededor de mi dedo.

—¿Es esto lo que quieres, Manson? —Dije—. ¿Mmm?

Extendió su mano expectante. Tan malditamente engreído, como si no le sorprendiera que yo aceptara el reto, no era de extrañar que le estuviera dando exactamente lo que quería sin dudarlo. Antes de que pudiera pensar que estaba fuera de ella, hice una bola con la tanga y la tiré, arrojándola agresivamente.

Lo atrapó, sonrió y lo sostuvo abierta entre dos dedos. —Gracias por el trofeo.

—Maldito pervertido —traté de sonar disgustada, pero mi voz salió demasiado alta y temblorosa para ser convincente. Para mi horror, vi que los ojos de Manson se detenían en el refuerzo y detectaban la humedad. Cuando su mirada se deslizó hacia mí, había un fuego en sus ojos.

Me preparé, esperando que lo anuncie y agregue más leña a la hoguera de la humillación. Pero simplemente se metió la tanga en el bolsillo con una sonrisa victoriosa.

—Tu movimiento —dijo.

Estar ahí con mi minifalda y sin bragas resultó ser una distracción significativa para mi juego. Cada soplo de viento besó debajo de mi falda y se deslizó sobre mi coño, frío e impactante contra mis labios húmedos. Sí, *mojados*. Vergonzosamente mojados. Traté de no pensar en eso, intenté no dejar que mi mente se detuviera en la punta de tela blanca que sobresalía del bolsillo de Manson.

Apreté mis piernas juntas, preocupada de que fuera a gotear por mis muslos. En el momento en que dejé que mi mente volviera a pensar en lo vergonzoso que era todo esto, solo empeoró. ¿Qué estaba mal conmigo? Literalmente estaba siendo degradada frente a amigos y extraños, y me *gustó* eso.

Sin duda, Manson se estaba divirtiendo; Podía verlo en todo su rostro. Me pregunté cuánto tiempo había pensado en humillarme, si había fantaseado con hacerme retorcerme, hacer que mis mejillas se pusieran rojas y mi voz temblara. Me pregunté si también lo estaba excitando.

Tomé otra de su vaso y él tomó dos más de la mía. Daniel declaró que las reglas de la casa eran que, si ya se había usado un desafío para mantener un vaso, si la pelota entraba de nuevo, no habría un segundo reto. Como ya había usado mi último reto para guardar dos vasos, esas dos se retiraron rápidamente de la mesa.

La puntería de Manson era irritantemente buena. Obtuvo un tercer vaso de mí y apreté los puños mientras esperaba su reto. ¿Qué más podía pedirme?

Sacó mi tanga de su bolsillo. —Haz tu próximo tiro, con esto en tu boca.

Gritos de sorpresa y aullidos surgieron de los transeúntes. Algunos estaban disgustados, otros intrigados. Sus teléfonos todavía estaban fuera. Tomé el vaso, lo bebí y la tiré furiosamente a un lado.

—Vete a la mierda —le señalé con el dedo—. Vete. A. La. *Mierda*.

Manson se encogió de hombros y volvió a guardar mi ropa interior en su bolsillo. —Relájate, Jessica. Es solo parte del juego.

Una parte de mí quería seguir gritándole. Pero estaba perdiendo y hacer eso me haría lucir aún peor. Bebí el vaso tan rápido como pude porque si no lo hubiera hecho... si me hubiera permitido considerar su desafío por un momento... podría haberlo hecho.

Me imaginé metiendo mis propias bragas en mi boca a su orden, luego parada allí babeando y amordazada frente a todos. Apreté las piernas con más fuerza. Tal vez solo estaba paranoica, pero estaba segura de que Manson podía *decir* que esto me estaba excitando: había demasiado humor en su sonrisa torcida.

Solo me quedaba un vaso. Tomé uno de los suyos, luego otro. Solo le quedaría un vaso si no aceptaba mi reto, y estaríamos empatados. El juego estaba demasiado cerrado para su comodidad. La gente gritaba obscenas sugerencias de atrevimiento, pero yo ya sabía lo que quería.

—Te reto a que me devuelvas mi tanga —le dije con fuerza. Me miró con escepticismo.

—¿Estás segura de que no quieres pensar en otra cosa? —él dijo. Pero estaba decidida.

—No. Te reto a que me la devuelvas.

Era un desafío débil, pero no podía soportar estar allí sintiéndome tan desnudo. Me distraía demasiado ver el encaje asomando de su bolsillo, y no había forma de que le diera la satisfacción de llevársela a casa.

Él bebió. Se bebió el maldito vaso en lugar de devolverme la tanga, y mi boca se abrió.

—Tu turno —dijo, sonriendo ante mi sorpresa. Más suave, pero no menos seguro, agregó—: Vas a perder. Será mejor que terminemos de una vez.

Estábamos empatados. No podía perder, ¡no ahora! No después de todas sus miradas sonrientes y engreídas; Nunca viviría a la humillación de esta noche. Apunté con cuidado, disparé, fallé. Miré a Ashley y la encontré mirándolo con horror, con la mano sobre la boca. Ella pensó que iba a perder.

Después de esa falta, pensé que también estaba a punto de perder.

Manson apuntó. La multitud esperaba con la respiración contenida. Necesitaba un trago, dos tragos, un shot. Necesitaba mi tanga de vuelta, porque no podía separar mis piernas sin sentir la humedad de mi excitación.

La pelota voló por el aire y cayó sin esfuerzo en el vaso. Los espectadores vitorearon, la victoria segura era suya incluso antes de mi refutación. Intenté concentrarme, intenté tomarme mi tiempo con una puntería cuidadosa... pero luego Manson se agachó y jugó con el borde de mi tanga, acariciando la tela entre sus dedos. Mi puntería estaba fuera de lugar, muy lejos.

Había perdido.

Cerré los ojos con fuerza, reprimiendo un gruñido de frustración. El borracho Daniel levantó a Manson en un abrazo de oso, sosteniéndolo en

alto como si acabara de ganar el Super Bowl. La gente se acercó más, felicitando su victoria, sosteniendo sus teléfonos y reproduciendo los videos que habían conseguido de mí de rodillas. Maldita sea, estaba jodida. Mi posición social acababa de ser pateada.

Salí pisando fuerte, y Ashley rápidamente se enganchó tranquilizadoramente a mi lado. Estaba lista para perderme en un estupor borracho y olvidar este juego molesto.

—¡Jess! Jessica!

Me volví con la mandíbula apretada. Manson me estaba indicando que retrocediera. —Todavía tienes un desafío, Jess.

Tenía razón: mi vaso final tenía RETO escrito en el costado. Pero ¿qué tipo de desafío me iba a dar que significara perder potencialmente su victoria? Sería horrible, lo sabía. Elegiría algo que yo tendría que rechazar.

—Bien —volví a la mesa lentamente, con los brazos cruzados. Ni siquiera quería escucharlo—. ¿Qué es?

Hizo una pausa antes de responder, y juro que fue solo para verme retorcerme. Traté de quedarme quieta, pero mi coño aún goteaba lentamente, y podía sentirlo en mis muslos. El solo hecho de que me mirara así, como si yo fuera insignificante, me hizo querer acurrucarme de nuevo sobre mis rodillas.

—Te voy a dar otra oportunidad —dijo—. Si lo logras, ganas instantáneamente. Pero si no lo haces... y pierdes... tienes que ser mi esclava por el resto de la noche.

Mi corazón latía con fuerza, y enmascaré lo intrigada que estaba con la ira. —¿Qué diablos se supone que significa eso? ¿Tu *esclava*?

—Haz lo que te ordene, por el resto de la noche o hasta que te vayas a casa. *Cualquiera* y *cada* orden, lo haces tú. No me evites. Si estás de acuerdo, quédate a mi lado.

Que se joda. Que se jodan él y su estúpido desafío. Al diablo con esta multitud y lo interesados que estaban en verme derribada. Y al diablo mi vagina por traicionarme en cada paso del camino y ponerme cachonda por todo esto. Tenía que negarme.

Algo en mí me decía que perdería, que perdería y me *gustaría*. Ni siquiera podía permitirme considerarlo.

—¿Qué pasó con todo ese espíritu competitivo, Jess? —Manson hizo un puchero burlón mientras yo luchaba conmigo misma. Posible destrucción social... o una oportunidad para redimirme—. ¿Estás intimidada? ¿Un poco *asustada* de perder ahora?

Cogí la pelota. La furia, la intriga y la excitación estaban creando una mezcla dentro de mí que hizo que mi cerebro se sintiera como una papilla y me prendiera fuego.

Lanza el tiro dijo una vocecita malvada en mi cabeza. *Sabes que realmente no quieres ganar. Quieres hacer ese desafío. Quieres arrodillarte por él de nuevo.*

Me temblaban las manos, el tiempo a mi alrededor se ralentizaba. Lo único que estaba enfocado era Manson. Manson con su único ojo blanco, su sonrisa arrogante y las marcas de mis labios en sus botas. Manson, esperando y mirando. Manson, sabiendo que había ganado.

Mi pelota aterrizó en la hierba. Ashley soltó un juramento detrás de mí e inmediatamente me llamó: —¡Vamos, Jess, olvídalo!

Pero no pude. Manson curvó su dedo hacia mí, haciéndome un gesto mientras el siguiente grupo de jugadores se apiñaba en la mesa.

—¿Cómo se siente ser un perdedor? —Dijo suavemente, mientras yo me acercaba a su lado, con los brazos cruzados, negándome a mirarlo a los ojos. Sus palabras se clavaron en mí, ese tono suave y condescendiente se deslizó viscosa sobre mi piel. Él me tenía, él en realidad me tenía...

Y la peor parte fue que... lo había disfrutado.

Parte II – El reto

—**A**sí que. ¿De verdad estás haciendo esto?

La fiesta estaba a nuestro alrededor. La siguiente ronda de beer pong había comenzado alejándonos de la mesa, así que nos quedamos al margen, entre la multitud. Seguí escuchando el audio de mi humillante video reproduciéndose una y otra vez, seguido de risas. Podía escuchar murmullos de mi nombre, los chismes ya se estaban extendiendo.

Ashley se paró detrás de mí con impaciencia. Sabía que estaba esperando a que me uniera a ella, independientemente del desafío. Después de todo, ¿qué tipo de persona aceptaría un desafío como ese y luego, *realmente*, llevarlo a cabo? ¿Ser esclava de Manson? ¿Obedeciendo cada una de sus palabras? Sonaba ridículo.

Pero lo iba a hacer.

La pregunta de Manson pendía entre nosotros. Parecía inseguro, incluso un poco irritado, como si estuviera sorprendido de que me demorara. Me encogí de hombros, como si la respuesta debería haber sido obvia. —Uh, ¿sí? Tú me *retaste*. ¿Qué voy a hacer? ¿Reírme de ello?

—Eso es lo que hubiera esperado de ti, sí. —Había una nota de amargura en su tono, pero se rió suavemente y desapareció—. ¿De verdad crees que te vas a pasar la noche haciendo todo lo que te digo? ¿En serio?

Le di una expresión irritada y con los ojos muy abiertos. —De nuevo... ¿*Sí*? A menos que te lo estuvieras inventando para joderme. Si no puedes manejarme, con mucho gusto...

—No, no —negó con la cabeza, y su sonrisa pareció cambiar, se volvió más oscura. Más hambrienta—. Puedo manejarte. —Mi estómago se retorció extrañamente ante sus palabras. Algo en eso me emocionó. Sonaba como una amenaza—. Estoy más preocupado de si *tú* puedes manejarlo. No creo que te des cuenta de lo que te espera.

Me acerqué a él, mi rostro a centímetros del suyo, pechos casi tocándose. Tuve que estirar el cuello hacia atrás para mirarlo. —No te tengo miedo, Manson Reed. Lo que sea que tengas... —Mis ojos se deslizaron lentamente por su cuerpo y volvieron a subir. Evaluándolo, todo su metro ochenta-lo que sea de él—. Puedo soportarlo.

Su sonrisa no vaciló. A pesar de lo que había dicho, sentí una pequeña y repentina punzada de miedo. Era el tipo de miedo que encontraba antes de ver una película de terror o de entrar en un laberinto embrujado: era una emoción, una avalancha, un golpe de adrenalina directo a mis venas.

—Si tú lo dices, Jess —dijo en voz baja—. Pero podrías estar buscando misericordia antes de lo que piensas. —Dio un paso atrás y finalmente me permití respirar—. Sígueme entonces.

Las largas piernas de Manson lo llevaron rápidamente por el césped, de regreso a la casa, tuve que trotar solo para mantener el paso con él. Ashley me alcanzó y me trajo otra bebida. Empujándola en mis manos, enganchó su brazo a través del mío y siseó: —¡Salgamos de aquí! Nos mantendremos tranquilas durante 10 minutos y luego...

—No me voy a ir. —Tomé un largo sorbo de la bebida afrutada que me había dado, agradecida por el valor líquido. Se detuvo abruptamente y su brazo en forma de lazo me obligó a detenerme.

—¿No te vas a ir? ¿Qué diablos quieres decir con eso de *no* te vas a ir? ¡Jess! —Su incredulidad me hizo estremecer. ¿Cómo podría explicar esto, cómo podría hacer que tuviera sentido?— Jess, estás loca, ¿por qué...?

—¡Jessica!

Mi corazón tartamudeó. Manson se había detenido frente a la puerta trasera. Chasqueó los dedos y señaló el suelo a sus pies.

—Ven. Ahora.

Miré a Ashley y vi que su boca se había tensado en una delgada línea. —Jess —dijo tensa—. De verdad vas a...

—Lo siento, Ash, yo sólo... —La parte normal y lógica de mí estaba gritando que no iba a dejar que este bicho raro me tratara como a un perro. Pero la parte oscura y necesitada de mí estaba insistiendo en algo muy diferente: me estaba diciendo que el tono condescendiente de Manson

sonaba caliente, y su confianza era sexy, y que correr para obedecer su llamado se *sentiría muy bien*.

—Solo dame un minuto, ¿de acuerdo? —Apreté el brazo de Ashley en tono de disculpa, le entregué mi bebida, luego me di la vuelta y caminé hacia Manson. Arrastré mis pies, solo para no parecer demasiado ansiosa, y podía ver algo temblar en su mandíbula con cada paso lento que daba.

Lo estaba molestando. Bien.

Crucé mis brazos, tratando de igualar su irritación en mi expresión.
—¿Sí? ¿Qué?

Señaló hacia abajo de nuevo, con un lento suspiro. —El cordón de mi zapato, Jess. Amárralo.

Efectivamente, el cordón de su bota se había desabrochado. Ya iba a estar de rodillas a sus pies de nuevo. Por un momento, casi pude oler el cuero. Casi podía sentirlo debajo de mis labios. Tragué saliva y me burlé: —¿En serio, el cordón de tu zapato? ¿Qué tienes, cinco?

Pero me arrodillé. Allí, de rodillas, a la luz que brillaba por las puertas traseras de cristal, le até los cordones de las botas. Me apresuré a levantarme, mi lengua lista con más comentarios sarcásticos, pero su mano en mi hombro me empujó hacia abajo.

—Ser una malcriada no cambia que todavía me tienes que obedecer, Jess —dijo en voz baja, inclinándose para acercar su rostro al mío—. Actuar como si fuera una maldita tarea para ti no cambia que todavía lo estás haciendo. —Él sonrió con malicia—. Fingir que no te gusta esto no hará que desaparezca. Sigue así, y solo conseguirás ganarte un buen ajuste de actitud a la antigua.

Las palabras se perdieron para mí por un momento. Finalmente, me las arreglé. —¿Actitud... ajuste de actitud? Qué demonios...

—Sigue así y descúbrelo —se enderezó, quitando la mano de mi hombro, y me puse de pie—. Y a partir de ahora, cuando te dé una orden, respondes con un "sí, Amo", ¿entendido?

Me tomó mucho autocontrol no poner los ojos en blanco de nuevo. —Realmente te estás pasando —gruñí. Luego, cuando vi su ceja temblar, agregué sarcásticamente—: *Amo*.

Sacudió la cabeza. —Sigue así, Jess. Sé que necesitas disciplina en tu vida. La ganarás muy pronto. —Entró a la casa, manteniendo la puerta abierta el tiempo suficiente para que yo me deslizara detrás de él. Disciplina... ¿qué diablos? No estaba segura de lo que quería decir con eso, pero de repente, estaba decidida a averiguarlo con urgencia.

Manson se involucró en una conversación con algunos amigos suyos, y yo me quedé incómoda detrás de él, tratando de fingir que *realmente* no estaba con él. Ashley se unió con nosotros, pero esta vez, a espaldas de Manson, me agarró del brazo y me arrastró a la cocina.

—Bien, literalmente, ¿qué diablos estás haciendo? —ella dijo. —No tienes que hacer el maldito reto, Jess. Quiero decir... yo *pelearía* contra él...

—No, no, Ashley, está bien, solo... —No tenía ninguna duda de que ella *pelearía* contra él, pero no necesitaba que me defendiera así—. Mira, solo... disfruta de la fiesta, ¿de acuerdo? Danielle y Katlynn están aquí, podrías...

—Woah, woah, espera —su ceño se profundizó—. ¿Tú estás como... estás *dentro* de esto? Porque literalmente nada te detiene de simplemente *no* seguirlo. Él no puede obligarte a hacer una mierda, pero tú estás, tipo —Ella arrugó la nariz—. Chica, si esto es una fantasía extraña... —Ella negó con la cabeza—. Mira, yo sabía que estabas mintiendo cuando dijiste que no te gustaba. Te *besaste con él*. Estabas interesada en él, ¿de acuerdo? Y eso está bien, lo que sea, sin juicio. Es solo que... —Ella bajó la voz, como si alguien pudiera escucharnos por encima del ruido de la fiesta—. Si estás tratando de quedarte con él tienes que hacérmelo saber. O sea, creo que es realmente extraño, pero... no voy a impedir que tengas sexo con él.

Mi boca se abría y cerraba como un pez fuera del agua. No estaba "interesada" en Manson Reed, eso era ridículo, eso era... eso era...

Suspiré profundamente. —No tienes que preocuparte por mí, ¿de acuerdo? Solo... voy a intentar esta... cosa del reto...

Ashley puso los ojos en blanco, pero su risa se calmó. —¿Cosa del reto? ¿Quieres decir que vas a intentar todo el asunto de ser su esclava? Eso es como... super perverso, ¿sabes?

Lo era, sabía que lo era. Cada interacción que había tenido con Manson esa noche había estado tan cargada de tensión sexual que era agonizante. Aunque, desde el exterior, la forma en que interactuamos entre nosotros no mostraba más que odio. Las palabras burlonas, la humillación, las burlas, todo se sumaba a la energía erótica que se acumulaba dentro de mí. Mi impulso por seguir intensificando la situación se sentía desesperada y ridícula, pero me habían dado una muestra de algo nuevo y tenía que explorarlo.

—Sí, es... es extraño —dije—. Lo sé. No puedo... realmente no puedo explicarlo.

Ashley hizo un gesto con la mano y me devolvió la bebida que le había dejado antes. —No te preocupes, chica. Estaré atenta. Envíame un mensaje de texto si me necesitas, ¿de acuerdo?

Me abrazó con fuerza antes de alejarse. Gracias a Dios por Ashley. Por muy obstinada que fuera, se guardó los juicios que se emitió. Después de esta noche, tal vez las dos podamos reírnos un poco. Tal vez archivaría esto como solo otra experiencia extraña y seguiría con mi vida como si nada de eso hubiera sucedido. Me olvidaría de Manson, me olvidaría de sus órdenes, de su sonrisa arrogante, de sus botas... Volvería a ser solo Jessica Martin, que tenía una vida arreglada, que era popular y normal y que no le gustaba en absoluto esa extraña mierda del sexo pervertido.

Regresé a la otra habitación, pero no antes de que Manson notara mi ausencia. Los amigos con los que había estado hablando se habían ido, pero sus ojos estaban escaneando la habitación y se clavaron en mí en el momento en que me encontraron.

—Lo siento —me acerqué a él, tomando un largo sorbo de mi bebida—. Tuve que hacer pipí.

—¿En la cocina? —dijo secamente—. Creo que has terminado con eso.

—Um, ¿perdona? —Lo miré con incredulidad mientras él sacaba mi bebida de mis manos, tomaba un pequeño sorbo y la tiraba a la basura—. ¿Qué diablos, amigo? No había *terminado*...

—Has terminado porque yo digo que ya terminaste —dijo en voz baja, inclinándose más cerca de mí para que pudiera escucharlo por encima de la música y la conversación ruidosa—. No quiero que te emborraches, Jess.

—Qué diablos — pisoteé mi pie, levantando los brazos—. ¿Estás tratando de arruinarme la noche? No puedo deambular alrededor, no puedo *beber*. ¿Estás tratando de ser un idiota para mí?

—Aww, ¿la pobre Jess está aburrida? —Me dio un pequeño golpe en la barbilla con su nudillo, y estuve tentada de enganchar mis dientes con su mano—. Entonces ve a buscarme una cerveza.

—¡Ugh, vete a la mierda! —Me eché el pelo por encima del hombro y pisoteé con fuerza mientras retrocedía dos pasos hacia la cocina, antes de que me detuviera.

—Jessica.

Le devolví la mirada. —¿*Qué*, Manson?

—Gatea.

Parpadeé rápidamente. —Lo siento, debo haberte escuchado mal. ¿*Qué*?

Una sonrisa lenta y complacida se extendió por su rostro. —Me escuchaste muy bien, Jess. Gatea. Entra en la cocina, toma mi cerveza y vuelve gateando. Y recuerda tus malditos modales.

No podía hablar en serio. No podía pensar que yo realmente... *realmente* gateara... delante de toda esta gente... no podía. Sus palabras de antes hicieron eco en mi cabeza, *sé que necesitas disciplina en tu vida. La ganarás muy pronto.*

Si desobedecía, ¿me ganaría la disciplina que mencionó?

Se apoyó contra la pared detrás de él, tranquilo, con el rostro serio. —Estoy esperando, Jess. Tengo mucha sed.

Regresé hacia él y apreté mi dedo contra su pecho, su pecho duro y sorprendentemente musculoso. —Estás *loco* si crees que voy a arrastrarme por esta maldita fiesta para traerte una maldita cerveza, frente a toda esta maldita gente...

Me agarró de la muñeca, deteniendo mi furioso golpe. —Ahora, ahora, Jessica. Estás haciendo una escena. Estás haciendo que aún más gente te mire. Lo estás empeorando mucho para cuando, finalmente, obedezcas.

—No te voy a obedecer, idiota...

—¿Entonces *por qué* sigues aquí? ¿Pensé que podías manejarlo? —Su agarre en mi muñeca estaba suelto, lo suficientemente suave como para que fácilmente pudiera haberme alejado de él. Podía sentir los callos en sus palmas, la aspereza en sus dedos. Incluso podía olerlo: era dulce, como un puro, mezclado con una colonia masculina que era fresca pero almizclada.

Estaba obsesionado con ese olor. Estaba llenando mi cabeza, embriagándome. Me dio ganas de acercarme a él, me dio ganas de presionar mi cara contra su pecho e inhalar profundamente, envolverme completamente en él. Pero no podía revelar lo intrigada que estaba. No podía parecer demasiado ansiosa. Al igual que no podía obedecer sin armar un escándalo.

—Puedo manejarlo bien —murmuré.

—¿Oh, es así? —dijo, entrecerrando los ojos. Todavía estaba tan tranquilo. Su voz no había subido de volumen; ni siquiera había cambiado su posición de apoyarse casualmente contra la pared—. No puedo obligarte a hacer nada, Jess. Puedes irte fácilmente, especialmente porque parece estar tan *enfadada* sobre estas órdenes. Pero *no* te estás yendo. Estás aquí de pie, discutiendo conmigo. Haciendo un berrinche. Tratando de hacerme cambiar de opinión y retirar mi orden. Pero no me voy a retractar. Lo vas a hacer, Jess. Vas a obedecer, porque tú lo *quieres*, no importa cuánto intentes ocultarlo. Ve, gatea y busca mi cerveza.

Aprete mis dientes y aprete mis manos en puños a los lados. Algo se retorció dentro de mí, algo aterrador e inesperado: era ese placer estrecho, hormigueante, la alegría de ser puesta en mi lugar, la emoción de encontrar que toda mi lucha era absolutamente inútil.

No quería irme. No quería alejarme. Sentí como si estuviera tratando de reunir el valor para perforar mis propios oídos: sabía que lo quería. Sabía que iba a doler. Solo tenía que *hacerlo*, solo clava la aguja.

Obedecería. Por supuesto que obedecería.

Me acerqué un poco más a su rostro. Lo suficientemente cerca para que, por un momento, mi respiración tartamudeara en mi pecho. Pero mi voz era firme. —Siento mucho mis modales, *Amo*. Iré a buscar tu cerveza de inmediato *Amo*. —El sarcasmo goteaba de mi voz. No pude evitarlo, y una última respuesta atrevida se abrió camino entre mis labios—, Oh, sí, y vete a la mierda, *Amo*.

No quería quedarme y ver qué salió de esa última oración. Con la mandíbula apretada, caí de rodillas y luego apoyé las palmas de las manos en el suelo. Tanta gente borracha y tropezando; Tendría suerte si no me pisoteaban los dedos. Podía imaginar las miradas extrañas que obtendría, las risas a mi costa, cómo todos me mirarían desde arriba. Mi estómago se hizo un nudo y mi coño se apretó, mi excitación disfrutando de la humillación.

Detrás de mí, escuché esa voz exasperante hablar de nuevo: —La mala educación trae consecuencias, Jessica. Date prisa.

Avancé arrastrando los pies, tocando las piernas de las personas para que se movieran por mí. Mi falda corta no era ideal para meterme: doblada sobre mis manos y rodillas, el dobladillo estaba lo suficientemente alto como para que cualquiera pudiera ver mi trasero fácilmente y, si miraban lo suficientemente cerca, definitivamente estarían echando un vistazo a mi coño también.

Consecuencias... disciplina... Sabía que algo tenía que suceder. Empujé y empujé, decidida a ver a Manson llegar al límite de su paciencia. Había una bestia en él, más allá de la calma; era cruel y peligroso y no quería nada más que alargarlo. Lo había visto el día en que lo expulsaron, cuando finalmente sacó un cuchillo a los imbéciles que lo habían golpeado durante años. Esa era la bestia que quería, *ese* era el Manson que tenía que experimentar. No podía explicar completamente el deseo, todavía no. Pero tal vez, una vez que se cumpliera, lo entendería.

Llegué a la nevera y me arrodillé junto a ella. Estaba sonrojada, sin aliento, con el estómago hecho un nudo. Tal vez sí sumergiera toda la cabeza en la nevera portátil, desaparecería, o tal vez me conmocionaría un poco. Hundí la mano en el hielo aguado y frío y saqué una cerveza. La

botella estaba helada, el vaso goteaba. Podría sostenerlo en mi mano mientras gateaba... tal vez agarrar la tapa con mis dientes... ¿meterlo en mi sostén? ¿Cómo diablos se suponía que iba a arrastrarme y llevar su cerveza?

—A la mierda con esto —susurré, y me puse de pie. Cogí un abrebotellas del mostrador, abrí la tapa y tomé un trago largo y muy necesario. El líquido frío y amargo se deslizó por mi garganta y alivió mi tensión.

Me castigaría por esto. No tenía ninguna duda. Lo que sea que signifiquen "consecuencias" y "disciplina" para él, estaba a punto de descubrirlo.

Sabes que lo quieres. La vocecita malvada se rió entre dientes en mi cabeza. *Te castigaré por romper las reglas del juego, por ser una chica mala y desobediente. Te castigaré delante de todos, te hará llorar...*

Me sacudí. Un escalofrío recorrió mis brazos al pensarlo, todos los músculos de la parte inferior de mi abdomen palpitaban. Mi coño era una cosa: ¡perra traicionera cachonda!, pero ahora mi propio cerebro se estaba volviendo en mi contra. Pensamientos de Manson sacudiendo la cabeza con decepción, llamándome mala chica, diciéndome que me incline sobre mis rodillas...

No, no, no. Detente. Malos pensamientos, ¡malos pensamientos! Empezaría a gotear de nuevo si no tenía cuidado.

Caminar de regreso a Manson con mis propios pies, en lugar de gatear, se sentía mucho más travieso de lo que debería. Estaba justo donde lo había dejado, riendo por algo que le había dicho una chica con el pelo teñido de azul. Era bonita: más baja que yo, pero hermosamente curvilínea, mallas rotas debajo de su falda gris a cuadros, sus pechos prácticamente salían de su apretada blusa blanca. Una sorprendente punzada de celos me atravesó, a pesar de que ella se alejó cuando me acerqué.

—Pensé que te había dado una orden, Jess —dijo Manson, una sonrisa jugando alrededor de su boca mientras caminaba a su lado—. Encontré tus pies terriblemente rápido.

Tomé otro trago de cerveza. Pero mientras me regañaba, sonreí, me llevé la botella a los labios y escupí el trago de cerveza dentro. Luego la empuje en sus manos. —Oh cierto, lo siento. Me olvidé de todo el asunto de "no beber". También me olvidé de gatear. —Me encogí de hombros— Oopsie.

La sonrisa de Manson parecía congelada en su rostro. Fue desconcertante, y de repente me pregunté si realmente era una buena idea. Estaba cumpliendo mi parte del reto, pero solo a duras penas. ¿Cuánto tiempo podría tolerar esto de mí? ¿Se iría simplemente, terminando todo el asunto? ¿O podría realmente "manejarme", como había dicho?

Manson tomó un sorbo de cerveza y mi estómago se revolvió. Yo escupí en esa botella y ni siquiera lo perturbaba. —Oh, Jess. Jess, Jess, Jess. Lo entiendo. Lo hago. Y no te preocupes: esto se manejará correctamente.

Fruncí el ceño en completa confusión. —¿Qué... qué *entiendes*? ¿Qué quieres decir con *manejará*...?

—Este comportamiento malcriado sobre cada orden pequeña no puede continuar —dijo, casi con tristeza—. Créeme, es gracioso como el infierno verte luchar contigo misma y tratar de salvar tu orgullo maldiciendo y actuando enfadada, pero... —Se encogió de hombros—. Pero realmente frustra el propósito del juego. Necesito ver una mejor obediencia de tu parte y, bueno... creo que solo hay una manera de conseguirlo.

Arrastré mis pies nerviosamente. ¿Alguien más pudo escuchar la conversación? ¿Alguien estaba viendo cómo me regañaban como a un niño travieso? Me dije a mí misma que no había nadie, pero la idea seguía ahí, carcomiendo mi orgullo. Bajé mi voz, de repente cohibida. —Mira, yo... lo siento... ¿de acuerdo? Lo siento. Hacer esto es extraño y...

—Lo estás haciendo de buena gana, Jess —dijo con suavidad—. No voy a aceptar ninguna de las excusas que se te ocurran por ser una malcriada. No toleraré ese comportamiento.

Lo dijo con tanta dulzura, pero mi corazón empezó a latir con fuerza. Realmente lo decía en serio. De hecho, me iba a castigar por esto. Mis ojos se movieron alrededor, buscando un escape... hasta que me di cuenta de

que no *había* escapatoria. Yo quería esto. De buena gana peleé con él en cada paso del camino y ahora...

Iba a dejar que me castigara.

—Necesito que seas una chica buena y obediente para mí —dijo, mientras mis ojos se agrandaban y mi corazón latía con más fuerza, y mi respiración comenzaba a salir en ráfagas rápidas y superficiales—. Ese fue el trato que se acordó. Creo que tú *quieres* ser buena para mí, Jess. —Extendió la mano y sus dedos rozaron suave y lentamente a lo largo de mi barbilla. Su toque era frío y se me puso la piel de gallina en la espalda.

Esto era: ¿exactamente lo que quería... temía... esperaba? No estaba lo suficientemente borracha para esto. Mis inhibiciones me estaban aplastando. ¿De verdad iba a dejar que el fenómeno de Manson Reed me castigara? ¿Qué significaba eso? ¿Qué implica su castigo? No me atreví a preguntar; Apenas podía hablar.

—No lo sabes —susurré—. No sabes nada de mí... tal vez solo me gusta ser una perra contigo. Tal vez yo... —Su toque se convirtió en un apretón. Me sostuvo la barbilla e inclinó un poco mi cara hacia arriba. Su mirada se sentía como dedos hurgando profundamente dentro de mí.

—Sé lo suficiente, Jess. Sé que eres tan *cuidadosa* con la forma en que todos te perciben. Sé que no te gusta dejar que esa máscara de soy mejor que tú se te escape ni por un segundo. Sé que seguirás así incluso si eso significa negarte a ti misma algo que quieres, si ese algo no se ajusta a las geniales convenciones sociales de la multitud.

Tragué saliva, mordiendo brutalmente el interior de mi mejilla. El hecho de que tuviera razón hizo que no replicar un comentario despectivo fuera aún más difícil. La ira y la altivez fueron mis escudos. Sin ellos, mis defensas eran delgadas, en el mejor de los casos.

—Entonces, Jess, por tu propio bien, tengo que arrancar esa máscara tuya. La mejor manera de hacer eso... —Se inclinó aún más cerca, girando mi cabeza ligeramente de lado para que pudiera susurrar en mi oído—. Es castigarte hasta que tu tonto orgullo ya no importe. La mejor manera... es hacerte llorar.

Crucé los brazos, la única forma en que podía pensar para evitar que temblaran. Me di cuenta de que mi labio inferior estaba haciendo pucheros, y cuando hablé, mi voz salió como una protesta débil y quejumbrosa. —No necesito ser castigada. Eso es estúpido.

—Es exactamente lo que necesitas, Jess. Lo que es aún mejor es que, por mucho que lo temes en este momento, todavía me seguirás. —Soltó mi barbilla, riendo—. Me vas a seguir y aceptar tu castigo como una buena chica, ¿no es así?

No me dio la oportunidad de responder. En cambio, me dio la espalda y caminó por el pasillo. Me quedé allí, congelada en mi vacilación, dividida entre el impulso de correr y el impulso de seguir.

Él estaba en lo correcto. Seguirlo ganó.

La sala de entretenimiento ocupaba una gran parte de la esquina delantera de la casa, pero esta noche las luces estaban apagadas y la puerta apenas estaba entreabierta. Había un televisor enorme en la pared, reproduciendo una película de terror clásica de los 80. Una chica de largo cabello rubio huyó de un asesino enmascarado por un barrio suburbano, chillando inútilmente. Las luces negras destellaban en las esquinas y había al menos una calabaza en cada superficie disponible, incluido el revestimiento de la mesa de billar y el estante sobre el largo sofá seccional. La habitación estaba aislada, oscura y actualmente vacía. Probablemente sería superado más tarde por parejas que buscan privacidad y borrachos somnolientos que buscan un lugar para acurrucarse. Pero por ahora, teníamos la habitación para nosotros solos y Manson cerró la puerta detrás de nosotros.

La chica de la pantalla cayó en un chorro de sangre. El cuchillo del asesino brilló, goteando mientras se hundía en ella una y otra vez. Manson se sentó en el sofá, justo en el medio, extendiendo los brazos por el respaldo.

—Las buenas esclavas no se sientan en los muebles, Jessica —dijo, mientras me alejaba de la televisión. Todavía había una sonrisa acechando detrás de su expresión seria. Disfrutaba cada segundo de humillarme.

Reuní mi tembloroso y encogido orgullo. —¿Dónde diablos esperas que me siente entonces?

—En el suelo, de rodillas, a mis pies. Como una buena chica.

Cerré mis ojos lentamente. Cada vez que le maldecía, estaba segura de que estaba empeorando mi castigo, fuera lo que fuera. Tuve que hacerlo cuidando mi boca. Al menos aquí estábamos solos, sin multitudes para ver mi degradación. Me arrodillé y me arrastré hacia él hasta que estuve de rodillas a sus pies, frente a él. Él sonrió.

—Mucho mejor, Jess. ¿No se siente bien? ¿Dejarlo ir, aceptar la vergüenza? Es una de mis cosas favoritas para ver... —Me miró en silencio por unos momentos, probablemente esperando para ver si tenía más respuestas sarcásticas, pero me mordí la lengua—. ¿Debería hacerte besar mis botas de nuevo? ¿Hm? Ya que estás ahí abajo...

—Por favor, no —las palabras se deslizaron en un susurro, con desesperación, el miedo floreció ante la perspectiva de más humillación. Me mordí el labio, lamentando haber dejado que Manson escuchara ese tono en mi voz. Se inclinó hacia adelante, con los codos sobre las rodillas, tan cerca que podía oler la menta en su aliento.

—¿*Por favor?* —Se burló—. ¿Suplicando ya, Jess? —Sus ojos escudriñaron mi rostro. Era difícil ver ese contacto blanco de cerca. Era espeluznante, como ver una sombra en el fondo de una foto familiar que se suponía que no debería estar allí—. Qué chica tan tonta. ¿Por qué estás ahí abajo, de rodillas, rogándome que no te ordene que te avergüences?

—No lo sé —dije en voz baja. Pero *sí* sabía: lo entendía cada vez más con cada orden, con cada mirada condescendiente y palabra burlona. Me gustaba sentirme como si no tuviera otra opción. Me gustó tener una excusa para soltar mi orgullo y hacer las cosas sucias y degradantes que hacían que mi vientre se sintiera ligero y mi coño se apretara. No pude resistirme a sumergirme más profundo; No pude resistirme a conseguir *más* de ese sentimiento.

Si me ordenara que hiciera el acto público más degradante que se le ocurriera, lo haría. Cualquiera que sea el castigo que se le ocurra, le dejaría administrarlo. Lo atacaría, lo maldeciría, lo insultaría, pero lo haría. Lo haría porque quería que ese retorcimiento en mi vientre se apretara y que el calor dentro de mí se convirtiera en una llamarada. Lo haría porque era lo más parecido a la libertad que había sentido: sin lugar para el orgullo,

sin lugar para la risa cuidadosamente construida, sin sonrisas falsas, sin fingir. Mis intentos de mantener mi máscara (sarcasmo, discutir, desobedecer) se desvanecieron rápidamente, se dismantelaron, pieza por pieza.

Darle a Manson Reed ese poder sobre mí... tal vez fue karma por lo idiota que he sido con él. Quizás fue el mayor autodescubrimiento que jamás haya conocido. Fuera lo que fuera, no pude resistirme.

—Lo sabes, Jess —dijo Manson con calma—. Sabes que existen razones superficiales: aceptaste mi reto, actuaste como una malcriada desobediente, y ahora tienes que ser puesta en tu lugar. Pero sabes que hay razones más profundas también: quieres explorar algo que probablemente sea bastante nuevo para ti, algo que te esté dando sentimientos que no esperabas. Algo que estás disfrutando, aunque no creas que se supone que debes hacerlo. —Esperó, probablemente esperando otra reacción agresiva de mi parte, pero mis labios permanecieron fuertemente sellados. Sonrió lenta y sádicamente—. Odiaría privarte de algo que disfrutas, incluso si te asusta. Baja la cabeza, ángel. Solo la bota izquierda. Bésala. Límpiala con tu lengua.

—Por favor —susurré de nuevo. Más nerviosa esta vez, más desesperada. Solo se rió.

—Vas a hacer exactamente lo que te diga —dijo en voz baja—. No importa cuánto te quejes y llores por eso, lo harás, Jess.

—No estoy llorando.

La idea de romper a llorar frente a él sonaba deliciosa. La idea de llorar, suplicar, sollozar incontrolablemente, solo para tener que ceder y aceptarlo al final. *Quería* imaginar que me estaba obligando. Quería imaginar que habría consecuencias nefastas por la negativa, en lugar de ninguna. Quería imaginar que lo odiaba, como siempre había insistido en que lo hacía. La fantasía de eso se apoderó de mí como un subidón.

Manson se reclinó en su asiento de nuevo, tranquilo, sereno, esperando. —Obedéceme, Jessica. Baja la cabeza y déjame ver esas bonitas alas tuyas.

Un *gemido* real salió de mi garganta. Miré hacia abajo a las botas que me habían ordenado pusiera la boca en ellas una vez más. Podía ver el rosa pálido de mi brillo de labios brillando en el cuero, y aún podía imaginar el olor de ellos, ese aroma rico y dulce. El impulso de pasar mi lengua sobre ellos fue fuerte, ese extraño deseo regresó con una venganza. Me atreví a mirar por última vez a Manson. Sonreía mientras me miraba.

—Hazlo —dijo—. Esto es lo que obtienes por ser una chica mala. Ya aprenderás.

Mi estómago se hizo una bola mientras bajaba la cabeza. Agachada allí, acurrucada, froté mi nariz contra el cuero arrugado y gastado en su tobillo. Dejé que la aspereza de sus apretados cordones rozara mis labios. Inhalé profundamente, el aroma embriagador inundó mi cerebro. Casi gemí con solo olerlo. ¿Qué diablos me pasaba? ¿Desde cuándo algo como las *botas* me excitaba? Ni siquiera se me había cruzado por la mente, nunca se había abierto camino hacia alguna fantasía mientras me tocaba. Presioné mis labios contra el cuero, permaneciendo allí ahora que ya no tenía todos los ojos de una multitud sobre mí.

El calor se precipitó entre mis piernas, mi excitación se intensificó mientras colocaba mis besos más abajo, hacia la suela polvorienta de su bota. El sabor de la suciedad estaba en mis labios, pero ni siquiera eso me disuadió. Presioné mi frente contra su tobillo mientras lo besaba, completamente perdida en ese extraño mundo de cuero y cordones y mi propia degradación.

Hubo un golpecito en mi cabeza, algo presionándome y manteniéndome allí. En unos momentos reconocí la textura de la suela de una bota y me di cuenta de que Manson había presionado su pie opuesto sobre mi cabeza. Lo sentí moverse, y supe que se había inclinado hacia adelante de nuevo por la cercanía de su voz. —Usa tu lengua. Déjalo limpio.

Quería suplicarle, *Por favor, por favor no me obligues, por favor no me obligues a hacerlo, seré buena, por favor...* Mi corazón estaba acelerado, mi respiración se aceleraba, mi excitación era un dolor que se extendía por todo mi cuerpo y encendía todos mis nervios. No quería decir que no, solo quería *suplicar*. Pero no pude pronunciar ninguna palabra con la cara presionada contra su bota.

Obedientemente, saqué la lengua y la recorrí a lo largo del cuero. Suave, agradable y casi insípido, excepto por ese aroma embriagador que ahora inhalaba por la boca.

Lamí alrededor de la punta, justo por encima de la suela, sobre las huellas de mi lápiz labial, junto a sus cordones. Saboreé cada centímetro. Me sentí asquerosa, vil, completamente repugnante...

Me sentí en llamas, *viva*, completamente consumida en lo alto. Me reí del mareo. Lamí y se rió, luego se rió más fuerte. Tenía tantas ganas de tocarme...

—Frente en alto.

Su pie opuesto ya no me sujetaba. Lentamente, apartándome a regañadientes de cualquier extraño pozo en el que había caído, levanté la cabeza. Todavía de rodillas, lo miré y esperé.

—¿Sedienta? —Me tendió la botella de cerveza. Mi boca estaba seca, y la alcancé con entusiasmo, solo para que él la retirara—. Uh-uh, sin manos. —Bajé la mano lentamente, con incertidumbre—. Abre la boca, ángel.

Ni siquiera dudé en obedecer. Era como si el mundo se hubiera derrumbado y todo lo que quedaba era su mirada y el sonido de su voz. Se llenó la boca de cerveza, la llenó, pero no la tragó. Se inclinó hacia adelante... Sabía exactamente lo que iba a hacer. No me inmuté. No retrocedí.

No cerré la boca.

Se inclinó cerca, tan cerca que nuestros labios casi se tocaron. Escupió la cerveza en mi boca, toda ella, sin derramar una gota. Todavía estaba fría, refrescante en mi lengua, pero sabía... sabía a él. Sabía que era su sabor, lo recordaba, y envió un escalofrío de placer por todo mi cuerpo. Mi excitación goteó cuando me la tragué.

En la pantalla, un desafortunado adolescente le rogó al asesino que no lo apuñalara, sus gritos resonaban en los altavoces.

—Eso es mucho mejor, ángel —dijo Manson—. Si tan solo fueras tan obediente todo el tiempo, no tendría que castigarte ahora.

Estaba horrorizada de que iba a dejar una mancha húmeda en la alfombra. Cada vez que mencionaba "castigo", empeoraba. No pude soportarlo más. Estaba demasiado excitada, demasiado humillada, demasiado desesperada.

—Devuélveme mi tanga —dije rápidamente—. Por favor.

Frunció el ceño, todavía inclinado. —¿Por qué?

—¡Solo devuélvemela! —Siseé, cambiando mi posición incómodamente.

—Voy a necesitar una razón, Jess —dijo Manson con calma. Apreté mis puños. Quería abofetearlo, quejarme de él, derrumbarme en una súplica más inútil y patética. ¿Qué me había hecho? ¿Cómo se las había arreglado para reducirme a esto?

—Yo... yo... —Las palabras se entrecortaron en mi garganta. No podía decirlo, ¡era demasiado vergonzoso! Pero estaba esa vocecita malvada de nuevo, susurrando, incitándome. *Adelante, dilo, suéltalo todo. Hazle saber en la patética y desesperada puta te has convertido.*

Los dedos de Manson se envolvieron alrededor de mi barbilla, forzando mi mirada hacia arriba. No pude ocultar mi sonrojo o la desesperación de mi expresión. No dijo nada, solo me encerró en esa mirada oscura y espeluznante. Ni siquiera necesitaba ordenarme que hablara; simplemente se derramó.

—Estoy mojada y tengo miedo de que gotee en la alfombra, ¿de acuerdo? —Mi propio jadeo me cortó, un sonido ahogado, lleno de conmoción y horror por mi audacia. Excepto que yo no era atrevida, no realmente: estaba retorciéndome, caliente y humillada.

—¿Es eso así? —La sonrisa que se extendió por su rostro solo lo empeoró. No había notado antes lo afilados que eran sus caninos, como pequeños colmillos que pudieran perforar mi piel—. Oh, Jess. Pobre angelito. Te he convertido en un pecador. Disfrutando tanto de tu castigo que está haciendo que te *mojes*. Que lindo.

Quería apartar la mirada. En cambio, comencé a gemir de nuevo, mirándolo impotente, apretando mis piernas juntas.

—Ahora tengo que empeorar tu castigo —dijo, con una voz burlona y triste—. No puedo permitir que te diviertas *mucho*. —Palmeó su regazo— Ven aquí. Siéntate.

Mis ojos se agrandaron. Aquí estaba, el momento que había temido y deseado. Esa vocecita dentro de mi cabeza seguía animando cruelmente, burlándose de mí, *¡vas a ser castigada, vas a ser castigada!*

Todas mis atrevidas protestas murieron en mi garganta. Todos mis pensamientos de salir de esto con mi orgullo todavía intacto fueron empujados a un lado por vívidas fantasías de Manson azotándome, su palma haciendo contacto con mi trasero desnudo una y otra vez, hasta que este llorando incontrolablemente mientras él ríe.

No tenía ninguna duda de que ese sería mi castigo. No podía ser otra cosa, y le dio a Manson la oportunidad de lastimarme, humillarme y empeorar mi excitación de una vez. Sus ojos estaban muy abiertos, brillantes a la tenue luz del televisor parpadeante. Su ojo blanco parecía brillar. Música inquietante sonaba por los altavoces, y me arrastré hasta su regazo, de espaldas a él.

Sus manos agarraron mis caderas y se inclinó hacia adelante, se presionó contra mi espalda y dijo suavemente en mi oído: —¿Entiendes lo que es una palabra segura?

Tragué saliva. —Sí.

—El tuyo es Rojo. Dilo si lo necesitas. Aunque, ahora que veo, eres un poco masoquista, no creo que lo vayas a decir. Sabes lo que te mereces.

—¡No soy masoquista! —Siseé. Pero las palabras se sintieron falsas. La humedad entre mis piernas empeoraba a medida que se intensificaba el miedo a mi castigo. Si no me movía pronto, tendría una mancha húmeda en sus pantalones y sabía que no tenía intención de dejarme ir a ningún lado. Traté de juntar mis piernas, pero no hizo ninguna diferencia ya que estaba a horcajadas sobre su regazo. Mientras me movía, sentí la dureza en su entrepierna y me congelé. Él estaba disfrutando esto, disfrutándolo *de verdad*, Dios, se sentía *grande*.

—Has sido una chica mala, Jessica —susurró con dureza—. Una chica muy mala. Mereces ser castigada.

Contuve la respiración para no empezar a jadear. Sus palabras se retorcieron dentro de mi cerebro y bajaron directamente a los nervios que controlaban mi coño. El calor entre mis piernas se sentía irreal, demasiado extremo para ser una reacción razonable al simplemente escuchar a alguien hablar. Antes de que realmente me diera cuenta de lo que estaba haciendo, me apreté contra su entrepierna, de modo que su dura polla hizo contacto con mi dolorido clítoris y me moví contra él, reclamando la única estimulación de fuerza física que había tenido toda la noche. Casi gemí solo por ese pequeño momento de placer, el contacto tan bueno que envió un escalofrío por toda mi columna.

La mano de Manson se apoderó de mi cabello, justo en la nuca.

—Ángel traviesa. Muy traviesa. ¿De verdad crees que eso es lo que te mereces en este momento? —Me tiró hacia atrás, su boca se cerró contra mi oído y susurró—. Mereces que te duela el clítoris toda la noche. Te mereces que le peguen cinta adhesiva para que no puedas tocarlo mientras yo aplasto tu bonito coño bajo mi bota.

El sonido que salió de mí fue entre un sollozo y un gemido. *Mierda*, eso fue repugnante y malo y tan... tan caliente. Fue aterrador y cruel y... maldita sea... ¿cómo podía querer eso? ¿Cómo podía ese pensamiento encenderme?

—Pero llegaremos a eso, ¿no es así, ángel? —Me presionó hacia adelante. Luego más... más—. Agáchate. Dirígete al suelo.

Tuve que reposicionarme para manejar lo que él estaba exigiendo. Con mi torso y mi cara colgando del sofá, me obligó a levantar las piernas para que mis muslos se sentaran a horcajadas sobre su regazo y todas mis partes íntimas estuvieran desnudas, abiertas y extendidas para él. Movié mis pies detrás de él, cruzando mis tobillos e inclinándose hacia atrás, por lo que estaba efectivamente, bloqueada en esa posición.

—Awww, ángel, estás *tan* mojada. —Sus manos apretaron mis muslos, sus ásperas palmas se movieron más arriba hasta que sus pulgares encajaron justo debajo de la curva de mi trasero. Abrí la boca en un jadeo silencioso, agradecida por la oscuridad y mi rostro agachado, mi cabello ayudando a ocultar el fuego que ardía en mis mejillas. Después de toda la mierda que le había dado a Manson, después de todas las cosas

desagradables que le dije a sus espaldas, le dije a la cara, me estaba derritiendo por completo en sus manos. Anhelaba sus toques, anhelaba su agarre. Comencé a temblar mientras me sostenían allí, inclinada, indefensa a excepción de la palabra de seguridad que esperaba escondida en la parte posterior de mi cerebro, completamente indeseada.

—¿Te sientes un poco asustada ahora? —murmuró, mientras mis piernas temblaban—. Tendrás más miedo en un momento, ¿sabes? Pero está bien: la puerta está cerrada y la música es tan fuerte que puedes gritar y llorar todo lo que quieras, pero no molestarás a nadie.

—Vete a la mierda —siseé—. Vete a la mierda, vete a la mierda, vete a la mierda. —Las palabras no estaban enojadas, estaban desesperadas, necesitadas, cargadas de deseo—. Por favor, Manson, no... no...

—¿No qué? —se rió entre dientes—. ¿No te castigó? ¿Mmm? ¿Es así? ¿Mi angelito travieso no quiere ser castigada? —Su voz, de repente, fue grave—. Si realmente no quieres esto, dilo ahora. Ahora mismo. Estás a salvo para hacer eso, te lo prometo.

—Lo quiero —se me quebró la voz, pero tenía que ser honesta. Tenía que decirle la verdad—. Usaré mi palabra de seguridad, si es necesario, pero yo... lo quiero.

Apretó mi trasero, amasando y agarrando mi carne en sus manos. —Qué culo tan lindo, Jess. Se verá aún más lindo con moretones.

La última escena de persecución de la película había comenzado. Una mujer corrió por los pasillos vacíos de un hospital, cojeando, mirando hacia atrás con ojos muy abiertos y aterrorizados mientras el asesino avanzaba lentamente tras ella. Eventualmente la atraparía. Siempre lo hacía.

La palma de Manson golpeó mi trasero con un crujido lo suficientemente fuerte como para ser escuchado por encima de los horribles gritos que venían de la pantalla. Contuve el aliento, luego lo contuve durante el siguiente golpe, y el siguiente, y el siguiente, pero el quinto, ¡maldita sea! Manson estaba decidido a romperme. Podía sentirlo en la fuerza que estaba poniendo en cada bofetada. Mi piel estaba hormigueando, luego escociendo, luego *quemando*. Nunca me habían pegado así.

Pequeñas palmadas en el culo durante el sexo, seguro; ¿pero inclinada y abofeteada repetidamente, a propósito, dolorosamente? Nunca. Su sexto golpe me hizo chillar y mover los pies, un intento inútil de alejarme del dolor.

—Está bien luchar, ángel —la voz de Manson era suave, tranquilizadora—. Lucha todo lo que necesites, no te escaparás. Te quedarás aquí y aceptarás tu castigo hasta que hayas aprendido la lección.

¡*Golpe, golpe, golpe!* Ahora me movía en serio, aplastando su regazo. Mi clítoris seguía frotándose contra sus jeans, y la maraña de dolor y placer me hizo gemir. Manson movió sus piernas, y sentí esa presión en la parte de atrás de mi cabeza otra vez, deslizó una pierna sobre mi espalda y presionó su bota contra mí, forzando mi cara contra la alfombra y sujetándome inmovilizada.

—¿No se siente mejor estar restringida? —dijo, hablando sobre el sonido brutalmente fuerte de los golpes que seguía cayendo sobre mí—. ¿No se siente bien saber que estas obteniendo lo que es mejor para ti? Aprendiendo a ser una buena chica.

Solté un grito largo y bajo, el dolor y mi humillación casi insoportable vencieron a mi orgullo. *Solo unos cuantos golpes más.* Me dije a mi misma. *Solo unos pocos más.* Pero siempre había más, y más, el dolor empeoraba a medida que mi trasero se calentaba más. Manson tenía razón: de alguna manera retorcida, poner todas mis fuerzas en luchar y descubrir que no me llevaba a ninguna parte fue un alivio. No podía patear mis piernas, no podía retorcerme, incluso no podía levantar mi cabeza desde el suelo. No tuve más remedio que someterme, ceder al castigo y aceptar el dolor.

Me estaba poniendo más *húmeda* por esto. Mi interior se apretó, pero con la pierna de Manson encima de mí, ya no podía presionar mi entrepierna contra la de él, y esa negación fue un tormento completamente nuevo. Estaba tan tensa, estaba segura de que el menor toque de su mano me haría correrme instantáneamente. Mi clítoris palpitaba de necesidad, mis nervios ardían.

Quería que me tocara, desesperadamente. En lugar de eso, alternaba entre abofetear primero una mejilla y luego la otra, el ardor era tan intenso

que mis ojos se llenaron de lágrimas. Me retorció y gritaba con cada golpe, y finalmente, cuando supe que no podía aguantar más sin llorar por el terrible dolor, comencé a suplicar: —Por favor, detente, detente, detente, lo siento, por favor, Manson, ¡lo siento!

—¿En verdad lo estás? —Los golpes se detuvieron. En la pantalla, la niña había sido acorralada por el asesino en el bosque. Ella estaba gritando, llorando, suplicando por su vida.

—¡Sí! —Me estremecí bajo su bota, tratando de mover mi rostro lo suficiente para poder mirarlo y ver lo sincera que era—. ¡Lo siento! ¡No responderé más!

—¿Serás una buena chica? ¿Obedecerás?

—Sí —gemí, y recordé algo que me había dicho antes—. Si Amo. Te obedeceré.

—Eso es mejor. —Su bota se movió lentamente fuera de mi cabeza. La chica de la pantalla había sido captada. Cada puñalada del cuchillo en su pecho fue puntuada por el chirrido de las cuerdas del violín—. Dale a esas botas un beso mientras estás ahí abajo. Muéstrame lo agradecida que estás por tu disciplina, ángel.

Besé una bota y luego la otra, más impresiones de brillo de labios en el cuero negro brillante. Manson me ayudó a sentarme, lentamente, y me ayudó a colocarme en su regazo a pesar de que mi trasero escocía cuando hizo contacto con sus jeans. Me acomodé contra su pecho, las hebillas de su arnés frías contra mi espalda. Por un momento, todo lo que quise hacer fue quedarme allí cerca de él, sintiendo los latidos de su corazón contra mi espalda. Sus brazos me rodearon en un abrazo tranquilizador, pero no exigente. Cuando me acomodé en él con un suspiro pesado y tembloroso, su agarre se apretó.

Lentamente, volví a la realidad. La casa que nos rodeaba se sentía real de nuevo. Podía escuchar el bajo golpeando a través de las paredes y el murmullo distante de la multitud. Los dedos de Manson trazaron círculos en mi brazo.

—¿Estás bien, Jess? —murmuró.

Asentí con la cabeza, luego dije: —No puedo creer que tú... en realidad...

—No puedo creer que me dejes —dijo en voz baja.

Me incorporé, lo suficiente para poder mirarlo. Secó una lágrima rebelde de mi ojo antes de que pudiera caer, y me apoyé en su mano. Manson Reed -bicho raro, espectáculo de fenómenos Manson Reed-. Me hizo sentir segura y aterrorizada, protegida y brutalizada, todo a la vez. Pero no fue solo eso.

En ese momento, no quería nada más que meterme en sus pantalones.

—¿Vas a ser una buena chica a partir de ahora? —dijo, tomando mi barbilla entre sus manos—. ¿No más descaró?

Sonreí. —No puedo prometer *no* hablar con descaró. Pero... intentaré ser buena.

—¿Deslizándote en tus viejas costumbres tan pronto? —se rió entre dientes—. Han pasado dos minutos y ahora solo ¿*intentas* ser buena?

—Ser buena es difícil para una chica mala —dije. Pasé mis dedos por su pecho, preguntándole cómo se vería sin su camisa—. Pero ya sabes... puedes ayudarme a ser buena... si me follas.

Su expresión tranquila se vio sacudida por sorpresa. Estaba acostumbrada a que los chicos se enamoraran perdidamente de mí, luchando por tener la oportunidad de acostarse conmigo. Pero cuando su sorpresa disminuyó, Manson se limitó a sonreír lentamente, como si le hubiera dicho algo tonto. Apretó mis mejillas y me sacudió la cara.

—Oh, Jess. No puedo ponértelo tan fácil, ¿verdad? Eso no es divertido. Me gusta verte luchar.

Hice un puchero, moviéndome en su regazo para poder apretarme contra él. —¡Por supuesto que sería divertido! Solo un rapidito...

—No, ángel. —Su voz era firme—. Aún no. Cuando te folle, *sí* lo hago, no será un polvo rápido en un sofá. Te haré gritar.

Por lo general ponía los ojos en blanco ante las promesas de los chicos de su destreza sexual abrumadora, pero de Manson, le creí. No me atrevía a dudar de lo que era capaz y lo deseaba aún más. El deseo me iba a volver

loca. ¿Cómo podía volver a unirme a la fiesta después de esto y comportarme normalmente?

No estaba acostumbrada a no conseguir lo que quería. Mi voz se convirtió en un quejido. —*Por favor*, Amo. Vamos. —Moví mis caderas en un círculo lento y suave, y sentí su pene contra mí. ¡Ah! ¿Cómo podría resistirse a eso? Pero en lugar de desabrocharme el sujetador, Manson alargó la mano y me agarró el pelo. El doloroso tirón me dejó inmóvil al instante, siseando por el dolor.

—Cuando digo que no —su voz era baja, una advertencia—. Significa no. ¿Entendido?

—Sí, Amo —mi respuesta fue rápida. Por más caliente que me había puesto, *no* quería ser inclinada y azotada de nuevo.

—Vas a tener paciencia conmigo —dijo, sosteniendo mi cabeza de tal manera que no podía apartar los ojos de su mirada—. Vas a sufrir a través de ese coño mojado tuyo y esperar. Y cada vez que te ordene que hagas algo, se sentirá un poco peor. Vas a tener que solo aceptarlo.

Mis entrañas temblaban de anticipación. El solo hecho de que se atreviera a *negarme* algo... las bolas de este tipo eran monstruosas. Se puso de pie de repente, arrastrándome con él, abrazándome contra su pecho con su mano todavía enredada en mi cabello. Mirarlo de esa manera me hizo estremecer, pero de alguna manera, en total desprecio por la autoconservación, lloriqueé: —Eso no es justo.

Arqueó una ceja y dijo lentamente. —¿No es justo? ¿No es *justo*, ángel?

Tragué saliva. ¡Oh, arrepíentete, arrepíentete, arrepíentete en este momento! —Bueno... quiero decir... tú...no puedes simplemente...

—No puedo simplemente *¿qué?* —Su agarre en la parte de atrás de mi cabello se apretó, tirándome hacia abajo, obligándome a volver a arrodillarme mientras se inclinaba—. Puedo hacer lo que quiera, ángel. Puedo hacerte sufrir toda la noche y *nunca* darte la liberación. Puedo azotarte de nuevo solo porque me gusta oírte gritar, y sueñas tan bonita cuando gritas.

Mi trasero ardía cuando se presionaba contra mis piernas dobladas. No quería otra paliza cuando mi piel ya estaba tan enojada. —Entonces diré mi palabra de seguridad —gemí. No esperaba que él encontrara eso tan divertido como lo hizo.

—Tu palabra de seguridad significa que esto se detiene, ángel. Para eso es. No es una forma de conseguir lo que quieres, es una forma de mantenerte a salvo.

¡Pero no quería que se detuviera! Quería tener sexo con él, *desesperadamente*. Quería sacarlo de sus pantalones y ponerlo dentro de mí. Me retorcí infelizmente. —Eres tan malo.

Él sonrió y besó mi frente. —Oh, ángel. No tienes idea.

Parte III – Los payasos

Sabía que sería una tortura. Pero Dios, no estaba preparada para saber lo *horrible* que era estar caliente sin esperanza de alivio.

Mantuve el puchero en mi cara mientras seguía a Manson por la fiesta. Caminar se sentía tan incómodo, entre mi trasero punzante y una excitación abrumadora y aún sin la comodidad de las bragas, estaba en constante temor de que alguien pudiera tener un vistazo debajo de mi falda. He *tenido* que usar una falda corta para la fiesta, pero por supuesto, no había planeado perder mi ropa interior y mi orgullo esa noche. A pesar de mi incomodidad, me mantuve cerca de Manson e hice todo lo posible por ser obediente, al principio.

Le advertí que ser una buena chica era muy, *muy* difícil.

Quería que sintiera la misma tortura que yo. ¿Cómo podía soportar esperar? Le había excitado azotarme, y podía ver el mismo placer en su rostro cada vez que me daba una orden. Pero eso significaba que, aún más intenso que su deseo de sexo, era su deseo de hacerme sufrir, de desesperarme, de mantenerme negada. Eso fue aterrador.

Yo *había* tratado de ser buena. Pero mis humillantes tareas me mantenían mojada, y cuanto más pasaba, más crecía mi frustración. Comencé a planear un escape desesperado hacia el baño, donde podría darme una frotada rápida y tal vez él no se daría cuenta.

Se acercaba la medianoche. Habían sacado barriles, tiraban a la gente a la piscina y se deshacían de sus disfraces en el agua. Manson y yo éramos fácilmente las personas más sobrias allí, no es que a nadie pareciera importarle. Manson seguía viendo gente que conocía, deteniéndose para conversar, riendo y bromeando. Parecía conocer a *todos*, incluso las personas que no habían ido a nuestra preparatoria. No solo eso, sino que a todos parecía gustarles mucho. Los rostros de la gente se iluminaron cuando lo vieron, hablaron más rápido cuando le respondieron. Ver su

entusiasmo en realidad me hizo sentir orgullosa. Yo era la que estaba a su lado, *yo* era la que traía bebidas para sus amigos.

Pero yo también era la que se retorció de excitación, mi culo todavía rojo y escociendo mientras trataba desesperadamente de resistir a la tentación de aplastarme contra la pierna de Manson como un perro.

Me sentí orgullosa cuando salí con Kyle, me deleité con la envidia de la gente, bebiendo de sus celos. Kyle y yo habíamos sido los símbolos de estatus del otro, aunque unos bastante mierdas. Era lo único a lo que realmente tenía que aferrarme en la preparatoria y eso... eso era bastante tonto.

A diferencia de Manson, quien aparentemente no solo tenía amistades, sino adoración. Siempre lo recordé como si estuviera solo, y tal vez lo *estaba* antes de ser expulsado. Pero eso había cambiado. *Mucho* había cambiado.

Alguien convenció al DJ borracho de que tocara una pista espeluznante e inquietante para crear el ambiente, así que, en lugar de música de baile alegre, el patio se llenó de repente con el lento tirón de las cuerdas del violín y un tambor que golpeaba. El aire fresco se había vuelto absolutamente frío, y envolví mis brazos alrededor de mí mientras Manson hablaba con una pareja de anteojos sobre sistemas operativos de computadora y Java. Mirando a mi alrededor, esperando encontrar algún lugar cercano donde pudiera ir a calentar, noté que otro grupo acababa de llegar a la fiesta.

Mi corazón se hundió en mi estómago. El terror frío recorrió mis venas. Sin darme cuenta, me apreté con fuerza contra el costado de Manson.

—¿Qué pasa? —dijo, echando un vistazo hacia donde estaba mirando—. Qué ocurre...

—Payasos —siseé—. Hay malditos *payasos*.

Tres hombres cruzaban el patio desde la puerta lateral, cervezas en mano, riendo y empujándose unos a otros. Llevaban monos negros a juego, su cabello estaba muy corto y los tres usaban una pintura facial blanca horrible y pastosa. Se habían llenado de formas negras alrededor de sus

ojos, y sus labios habían sido exagerados en horribles sonrisas irregulares con pintura negra.

Rápidamente me alejé de mirarlos. No eran los típicos payasos de circo brillantes, pero aun así me revolvieron el estómago.

—Vamos adentro —dije rápidamente. Pero Manson había visto a los payasos que se acercaban y el reconocimiento iluminó su rostro.

—Conozco a esos tipos —dijo—. ¡Hey Vincent! ¡Lucas!

—¡No los llames! —Agarré su brazo con absoluto horror. Una mirada nerviosa hacia atrás me dijo que los payasos habían escuchado sus nombres y se dirigían directamente hacia nosotros—. Nope, no, no...

Manson me agarró del brazo, impidiéndome correr hacia la casa aterrorizada. —¿Estás...? —Se rió, con incredulidad—. *¿Realmente* le tienes miedo de los payasos?

—¡Sí! —Susurré—. Son jodidamente espeluznantes y asquerosos y, Oh Dios mío...

Estaban allí, envolviendo a Manson en un abrazo gigante, dándole palmaditas en la espalda, una conversación sin sentido zumbando de sus bocas. La única cosa en la que podía concentrarme eran en esas horribles caras pintadas. Sus sonrisas exageradas solo empeoraron cuando mostraron los dientes y sonrieron.

Ugh. Asqueroso. Me tomó todo el autocontrol que tenía para no correr hacia la casa. Aprete mis dientes y me retorcí las manos en la espalda, manteniendo una distancia incómoda. Manson me regañaría si me iba, pero quería tanto espacio como fuera posible entre los payasos y yo.

Desafortunadamente para mí, mi mirada fue notada. Uno de los payasos me vio, moviéndome fríamente de un pie a otro, y decidió ser cortés.

—Oye, hola, soy Jason —extendió una mano delgada. Dedos largos, piel pálida. Me encogí absolutamente mientras la estrechaba—. ¿Estás bien? Te ves un poco, eh...

—Ella le tiene miedo a los payasos —dijo Manson, sonando tan divertido que quise abofetearlo—. Ella es mi esclava por la noche.

—No digas eso, joder—le espeté, pero ya era demasiado tarde. El secreto fue revelado.

—Bien hecho, amigo —uno de ellos le dio una palmada en la espalda a Manson, mientras Jason me lanzaba una mirada larga y evaluadora.

—¿No eres Jessica Martin? —él dijo—. ¿Eras porrista?

—Sí —respondí a regañadientes. Estaba tratando de encontrar una manera de esconderme detrás de Manson, cualquier cosa para poner algún tipo de barrera entre ellos y yo. Se sentía tonto, pero no pude evitarlo. Los payasos eran espeluznantes, asquerosos y misteriosos: algo acerca de ellos se sentía *mal*.

—Déjame presentarte como es debido —dijo Manson, enganchando su brazo alrededor de mi cintura y arrastrándome junto a él. Me apreté contra él, con fuerza—. Estos son Jason, Vincent y Lucas.

—Genial, hola, sí, gusto en conocerte —murmuré, forzando una sonrisa muy tensa e incómoda en mi rostro. Ahora que me vi obligada a mirarlos de frente, me di cuenta de que debajo de todo el maquillaje, eran tipos de aspecto realmente normal, sino es que muy atractivos. Manson me explicó cómo habían estado todos juntos en la tienda de metal, y que Lucas había comenzado una banda, estaba cada vez más distraída cuanto más los miraba de cerca. Había un pico de tatuajes coloridos en la parte superior del mono de Vincent, Jason llevaba varios anillos que parecían hechos a mano, y Lucas tenía grandes túneles negros estirados en sus orejas.

En algún lugar de la mezcla de mi miedo y mi torturante calentura, estaba ocurriendo una reacción muy extraña. Se veían aterradores, pero sus cuerpos eran musculosos y sus sonrisas eran casi encantadoras. Por lo espeluznantes que se veían, en realidad parecían... agradables. Uno de ellos estaba usando colonia, algo brillante y cítrico que contrastaba con el aroma oscuro y almizclado de Manson. Me dio un poco de excitación la idea de que me tocaran, pero Dios, ese horrible maquillaje de payaso...

—¡Está temblando! —Vincent se rió—. ¡Es solo pintura, chica! No te vamos a comer.

—O tal vez lo haremos —Lucas chasqueó los dientes, y agarré la mano de Manson, tragando mi grito.

—Solo tengo frío —murmuré con enojo, mientras el calor se precipitaba a mi cara. Me sentí como un conejo acorralado, esperando a ver qué lobo me atacaba primero. También era un conejo muy cachondo: en lugar de sentirme enferma de miedo, esto me estaba dando un subidón de endorfinas.

Nunca me habían gustado los payasos, *nunca*. Pero enfrentarlos significaba que estaba complaciendo a Manson, significaba que estaba siendo una buena chica, y significaba que estaba un paso más cerca de él, finalmente llevándome adentro y jodiéndome los sesos.

—No se preocupen por asustarla, muchachos —dijo Manson, dándome un pequeño apretón. Su agarre fue tranquilizadoramente apretado—. Es un buen entrenamiento para ella.

—¿Ella es del club? —Vincent dijo. No tenía idea de a qué "club" se refería, pero aparentemente Manson sí. Sacudió la cabeza.

—No, ella es una novata. ¿Recuerdas a Kyle, de la preparatoria? Ella era su novia.

—Sí, sí, eso pensé —asintió Vincent—. Quién sabía que a la señorita Popular le gustarían esas mierdas pervertidas.

—Está aprendiendo —sonrió Manson frente a mi mirada. Todavía quería pegarle: por negarme, por azotarme, por hacerme esperar, por hacerme pararme ahí y enfrentar mi miedo. Me las arreglé para controlar mis puños, pero no mi lengua.

—Manson... no podemos... no podemos simplemente...

—¿No sabes que es de mala educación susurrar con amigos? —Manson reprendió, con un tono en su voz que me hizo saber cuánto disfrutaba regañarme frente a ellos—. ¿No podemos simplemente *qué?* ¿Ir adentro para que finalmente puedas ser follada?

Debo haberme puesto roja de la cabeza a los pies. Mis ojos se movieron de un lado a otro entre los payasos mientras se reían. Pero no parecían en absoluto confundidos, ni siquiera sorprendidos por la situación. Quizás estaban acostumbrados a esto. Quizás esto era una *cosa* de Manson. El pensamiento repentino de que tal vez había otras chicas

tomando las órdenes de Manson y besando sus botas invadió mi mente, y los celos se apoderaron de mí con una intensidad impactante.

—Regresemos adentro —me quejé—. Por favor, Manson... me has hecho esperar lo suficiente... —Mi mano se deslizó por su pecho y sus jeans. Sentí su dureza y apreté, mirándolo con ojos grandes y suplicantes.

Ni siquiera se inmutó.

—Tú lo sabes mejor, ángel —advirtió—. Este es mi tiempo, no el tuyo. Y estás descuidando dirigirte correctamente a mí.

No pude decirlo frente a sus amigos, no *podía*. Los miré de un lado a otro con nerviosismo, y mi vergüenza solo empeoró cuando noté las expresiones ansiosas en los rostros de los payasos. Estaban disfrutando de verme retorcerme.

—No puedo decirlo aquí —hice una mueca—. Quiero entrar. *Vamos*. —Mi voz sonaba petulante y completamente malcriada, incluso para mis propios oídos.

—¿Más preocupada por lo que piensan de ti que por complacerme, Jess? —Manson dijo, y chasqueó—. No es así como se comportan las chicas buenas.

Podía sentir un castigo inminente y lloriqueé, furiosa mientras apartaba mis manos de él y las doblaba contra mi pecho. No pude soportarlo más. Necesitaba irme. Ahora.

—Tengo que ir al baño —murmuré, antes de que Manson pudiera continuar regañándome—. Vuelvo enseguida.

Esperaba que intentara detenerme. En lugar de eso, él solo dijo lentamente: —No tardes demasiado. —Mientras me alejaba apresuradamente, apenas pude oírlo decir—: Es una malcriada, muchachos. Sólo hay una forma de domesticarla.

Si iba a volver a recibir otra azote, entonces por lo menos iba a irme primero.

El baño estaba ocupado, por supuesto, y esperé afuera de la puerta con impaciencia hasta que finalmente salió una chica borracha. Se había formado una línea detrás de mí, así que sabía que tenía que ser rápida. Allí,

sola en la habitación silenciosa, finalmente pude verme bien en el espejo. Mi cabello todavía se veía bien, y mi maquillaje estaba afortunadamente intacto, aunque era solo cuestión de tiempo antes de que eso cambiara.

Curiosa, me giré y subí mi falda para poder ver mi trasero en el espejo. Tan rojo, todavía caliente y punzante por la mano de Manson. El solo hecho de recordar mi posición, sostenida con tanta firmeza e impotente para escapar, me hizo mordirme el labio y doblar los dedos de los pies.

Dios, quería que volviera a hacer eso. *Quería* que me hiciera daño. Me hiciera daño, me follara, me hiciera gritar. Lo había irritado, sabía que lo había hecho, así que al menos existía la posibilidad de que me esperaran otros azotes despiadados cuando llegara. ¿Y si lo hacía frente a sus amigos? ¿Y si no hubiera privacidad esta vez?

Sin dejar de mirar mi trasero enrojecido en el espejo, me apoyé contra la pared frente a mí y deslicé mi mano debajo de mi falda. Mis dedos se deslizaron sobre mi clítoris y lo froté rápida y furiosamente. No podía tardar mucho... la gente estaba esperando... Me mordí el labio para guardar silencio, pensando en la mano de Manson golpeando mi piel enrojecida.

Un golpe fuerte golpeó la puerta y jadeé, —E-espera... un minuto... — Estaba tan cerca. Había pasado tanto tiempo en un estado de excitación tan elevado que no hizo falta mucho. Mis dedos estaban resbaladizos y cerré los ojos. Más golpes en la puerta, maldita sea...

Me imaginé a Manson inclinándose, sosteniéndome con fuerza bajo su brazo, regañándome mientras los payasos miraban, golpeándome hasta que lloré abiertamente, incontrolablemente.

Más golpes. Ahora era enojado, insistente. Joder, no podría correrme así. Con un fuerte gruñido de frustración, me bajé la falda, abrí la puerta y grité: —Jesús, he *terminado*, no tienes que ser tan idiota...

Manson me empujó de vuelta al baño, cerrando la puerta detrás de él. Me agarró, apretó mis brazos y me presiono contra la pared. Me sentí culpable de la pegajosidad de mi excitación en mis dedos, un indicador condenatorio de mi desobediencia.

—M-mierda... Manson... —Se inclinó sobre mí, mirándome como si quisiera comerme viva.

—¿Qué crees que estás haciendo, ángel? —él dijo. Agarró mi muñeca, tirando de mi mano—. ¿Qué es todo esto en tus dedos, hm? ¿Pensaste que podías escabullirte y hacer algo tan travieso?

Mi respiración se estremeció cuando lo enfrenté. —Yo... um... había gente esperando ahí fuera...

—Ya no —sonrió—. Es una casa grande, hay otros baños que pueden usar. Les indiqué la dirección correcta. Necesitamos un poco de tiempo para nosotros.

—¿Me vas a hacer daño? —Susurré.

—Oh sí. Más de lo que puedes imaginar. ¿Recuerdas tu palabra de seguridad?

—Sí. —Debería haber estado aterrorizada, pero todo mi cuerpo estaba zumbando de anticipación. Mis fantasías de castigo no eran nada comparadas con las reales.

—Si cruzo una línea será mejor que la uses. ¿Entendido?

Asentí de nuevo. Mi coño se apretó y lloriqueé, apretando mis piernas juntas. Si me hubiera visto hace un par de años como estaba ahora, -lloriqueando y goteando frente al chico del que me había reído- me habría horrorizado. No lo hubiera creído.

Yo *todavía* apenas lo creía.

—Es hora de otra lección, Jess —dijo Manson, mirándome de arriba abajo—. Fue hace solo un par de horas que ese lindo culito tuyo estaba recibiendo unos golpes. ¿Ya olvidaste cómo se siente eso? —Me soltó los brazos y extendió la mano para apretar mi dolorido trasero. Grité, disolviéndome en gemidos de dolor. Su toque fue electrizante. Quería que me agarrara más fuerte, más duro. Quería que me golpeará contra la pared de nuevo.

—¡No lo olvidé! —Su agarre en mi trasero me acercó más a él, y me presione más cerca. —. ¡Tú haces que sea malditamente difícil obedecer! ¡Y no me dijiste que *no* me tocara!

—Pequeño malcriada —se rió entre dientes—. Te dije que quería verte sufrir. Quería verte retorcerte. No puedes quitarme ese placer. —Sacudió la cabeza con desaprobación—. Realmente desearía tener mi paleta conmigo... Dios, poner tu trasero negro y azul con esa cosa dulce haría que obedecieras como deberías.

Estaba temblando. No sabía si quería enmascarar mi miedo con ira, o mi excitación con descaro, o si sus amenazas me iban a quebrar y hacer que volviera a suplicar. Él poseía una paleta... él literalmente *poseía* instrumentos para infligir dolor y humillación. Él era un fenómeno.

Y Dios, me encantó. Yo también deseaba que tuviera su paleta con él.

En lugar de descaro, opté por una táctica diferente: la dulzura. —¡Estoy intentando con todas mis fuerzas ser buena! —Me quejé—. Vamos, Manson... eh... Amo... por favor... si me dejas ir...

—No negocio por buen comportamiento, ángel. Dios, ¿no sabes cuánto tiempo he querido hacer esto? ¿Tienes idea de lo bien que se siente castigar a la chica que siempre se reía de mí? —Acunó mi cara en sus manos, su agarre tierno mientras me mantenía pegada a la pared—. ¿Llegar a verte llorar y quejarte y ponerte tan roja... pero aun así hacer todo lo que digo? Es demasiado bueno.

—Eres un idiota —gemí—. Lo quiero tanto, Manson...

—¿Qué? —Dijo suavemente—. ¿Qué quieres?

—¡Te quiero a *ti*! Solo quiero follar, por favor, me tienes tan jodidamente excitada que no puedo soportarlo, ¡me va a volver loca! —Jadeé, mi desesperación explotó—. Por favor, no me hagas seguir esperando, por favor sólo... sólo... ¡dóblame y fóllame!

Por dentro estaba encogiéndome, pero no pude evitarlo. Si mendigar fuera lo único que pusiera fin a esta tortuosa espera, entonces eso es lo que haría. Manson se estaba riendo entre dientes, luego riendo en voz alta, y cuando finalmente me quedé en silencio, dijo con lástima: —Oh, Jess. Pobre chica. Vas a ser follada, créeme. Pronto vas a ser follada tan fuerte que no podrás caminar derecho durante una semana. Pero primero... —Sacó algo de su bolsillo: ese fino trozo de algodón y elástico que me había

quitado antes, mi tanga. Lo colgó frente a mi cara—. ¿Todavía quieres esto de vuelta?

—Sí, por favor —mi voz era pequeña, derrotada. Si me estaba ofreciendo mi tanga, eso significaba más espera. Sentí como si pudiera haber llorado de puro deseo.

—No puedo creer que te hayas negado a ponerte esto en la boca por tu reto —dijo—. Piensa en lo diferente que podría haber sido todo esto si lo hubieras hecho.

—¡No *podía*! No frente a todos...

—El orgullo no tiene lugar en tu servicio para mí. —Acercó la tanga a mi cara, acariciando la tela de encaje contra mi mejilla—. No puedo dejar pasar en ese reto, Jess. *De verdad* quería verte ponértelos en la boca.

Tragué saliva. —Manson... por favor...

—Ponlos en tu boca. —Su voz era suave—. Póntelos en la boca, mira hacia la pared e inclínate.

Mi mente se aceleró. Inclínate... estaría completamente expuesta. Vería todo de mí... cada trozo de carne goteando. Me había visto cuando me dio una palmada en su regazo, por supuesto... pero cada exposición se sentía tan íntima, tan degradante y tan emocionante.

Fantasías inesperadas pasaron por mi cabeza. Pensé en sus dedos acariciándome... separándome... presionando dentro de mí...

Abrí la boca, esperando mi mordaza. Hubo un destello de sorpresa ante mi aquiescencia en su rostro, antes de que un fuego se encendiera en sus ojos. Presionó la tanga en mi boca, no del todo un bocado, pero lo suficiente para sofocar cualquier sonido que pudiera intentar. Podría haberlo escupido fácilmente, pero cerré la boca lo suficiente para mantenerlo dentro. Lo miré a los ojos por un momento, un largo momento de tensión, antes de que me girara lentamente, me doblara por la cintura y me agarrara los tobillos.

Mis tacones hicieron que la posición fuera particularmente difícil. La totalidad de mi trasero estaba a la vista, mi minifalda inútil. Las botas de Manson estaban detrás de mí, cubiertas con mis besos de brillo de labios.

No dijo nada mientras pasaban los momentos, momentos que parecían una eternidad.

—Abre las piernas —dijo—. Te quiero expuesta. Toda tú.

Aparté mis pies arrastrándolos, y el aire frío besó mi carne. Esperé y mis piernas empezaron a temblar. La dificultad de la posición y mi creciente excitación iban a hacer de esta una pose imposible de mantener por mucho tiempo. Una vez más, Manson guardó silencio. Casi no pude soportarlo.

—Ábrete para mí.

Se me escapó un gemido. Cada orden llegó tan lentamente, tan metódicamente. Me estaba dando tiempo para demorarme, para sentir verdaderamente las profundidades de mi degradación. Lo odié por eso. Lo odiaba... lo amaba... quería más. Extendí la mano hacia atrás, tratando de agarrar mis tiernas partes. Mis dedos estaban resbaladizos y apenas podía abrirme los labios, incapaz de agarrarme.

Manson se estaba riendo de mi estado cuando finalmente logré separarme. Dios, me sentí tan sucia. Me sentí tan expuesta. No me tocó, ni siquiera dio un paso más cerca de mí. Ojalá lo hubiera hecho. Quería su toque tan desesperadamente.

La saliva se estaba acumulando en mi boca. Incapaz de tragar, empezaría a babear pronto. Humillación sobre humillación. Mis dedos se deslizaron y tuve que reajustar, presionando mis labios para separarlos, exponiendo mi agujero húmedo y goteando.

Escuché su respiración cambiar, podría haber sido un grito ahogado, o tal vez una risa suave.

—Dios, es tan patético lo necesitada que estás. —Su voz no era cruel, no era burlona. Lo dijo como si fuera simplemente un hecho, y yo gimoteé un acuerdo alrededor de la tanga—. Corriendo hacia el baño a tocarte a ti misma, una chica tan traviesa. ¿Ha pasado un tiempo desde que te acostaste con alguien, hm?

Si hubiera podido formar palabras coherentes, habría estado de acuerdo. Había estado con otros chicos desde que rompí con Kyle; el sexo casual era mi calmante para el estrés favorito. Pero esto era más que solo

sexo: esto había despertado otro deseo en mí, una lujuria por algo cruel e inusual que nunca había cumplido. Era un monstruo rugiente y deslumbrante que exigía ser saciado.

Manson se puso en cuclillas, mirándome donde mi cabeza colgaba entre mis piernas. Él sonrió: una sonrisa completamente sádica y lobuna. —¿O eres un fenómeno a la que un tipo raro le ordena lamer sus botas y te pone así de caliente y molesta? ¿Ser azotada y obligada a suplicar misericordia es casi suficiente para hacer que te corras? Qué jodido monstruo. —Su mirada cambió y supe que estaba mirando directamente a mi agujero.

¡Dios, por favor, tócame, tócame, lléname!

—Servicio y disciplina —murmuró—. Eso es lo que te falta. No puedes esperar a ser recompensada por seguir órdenes tan simples.

Lo deseaba tanto, ¿no me había hecho esperar lo suficiente? La baba se acumuló en mis labios y comenzó a gotear. La necesidad de escupir mi tanga estaba creciendo, pero la incomodidad se sentía *bien*. Cuanto más lo soportaba, mejor me sentía, porque significaba que todavía estaba obedeciendo. Seguía siguiendo sus órdenes. Estaba ganando mi recompensa.

No puedes esperar ser recompensada por seguir órdenes tan simples.

—Jessica, mírame.

Cerré los ojos sin darme cuenta, pero los abrí para mirarlo, boca abajo entre mis piernas abiertas.

—Metete un dedo —dijo en voz baja—. Solo un dedo. Lentamente.

—Por favor... por favor, joder... —Las palabras eran incomprensibles, tragadas por la tanga.

¿Cómo podría hacerme eso frente a él? El vería *todo*. La opción de decir que no estaba ahí. Me había dado una palabra de seguridad y *exigió* que la usara, si surge la necesidad. Pero no sentí esa necesidad. Me sentí humillada... avergonzada... excitada... estaba asustada, pero no de mala manera.

No tenía miedo de lo que me haría, sino de lo que estaba dispuesta a hacer a sus órdenes.

Con un dedo, lentamente, presioné dentro de mi coño. Mi carne se partió, suave y resbaladiza. Tuve que moverme con cuidado para que mis acrílicos rosas no pincharan. Solo un dedo no fue suficiente, pero la sutil estimulación hizo que mi respiración se estremeciera. Cerré los ojos de nuevo, incapaz de soportar mirarlo mientras me miraba.

—Follate a ti misma. Vamos, Jess. Dentro y fuera.

¿Por qué tuvo que empeorar las cosas hablándome de ello? Deslicé mi dedo hacia afuera, luego lentamente hacia adentro. Luego otra vez y otra. Podía sentir el peso de su mirada sobre mí, incluso con los ojos cerrados. Con cada empuje de mi dedo, estaba extrayendo más humedad. Mi clítoris se sintió hinchado de necesidad. En lugar de seguir manteniéndome abierta, moví mi otra mano hacia abajo entre mis piernas y froté mis dedos sobre mi clítoris, enviando descargas de estimulación a través de mis piernas temblorosas. Descansé mi cabeza contra la pared para mantener el equilibrio. La baba goteó por mi barbilla mientras gemía, luchando por mantener las rodillas rectas. De forma espontánea, agregué un segundo dedo dentro de mí, bombeando hacia adentro y hacia afuera.

Estaba gimiendo en voz alta, sin importarme si alguien me escuchaba, sin pensar en lo vergonzoso que era. Me estaba acercando... tan cerca... Dios, se sentía tan bien, mis rodillas se doblaban...

—Jessica, detente. Ahora.

Su voz atravesó todo, como un interruptor que se acciona en mi cerebro. El hecho de que se estuviera riendo me sacó casi instantáneamente de mi desesperada y caliente niebla. Retiré los dedos, maldiciendo mi mordaza. Había estado cerca... ¡tan malditamente cerca! Debería haber seguido adelante, ¡debería haber tenido mi orgasmo cuando tuve la oportunidad! En cambio, me puse de pie tan rápido que mi cabeza dio vueltas. Saqué la tanga de mi boca y la arrojé al suelo, luego me giré hacia él con una mirada en mi rostro y mi espalda pegada a la pared. Se acuclilló allí, mirándome y mostró sus afilados dientes en una sonrisa.

—Qué gracioso... —murmuró—. Prefieres obedecerme antes que correrte. Aunque te frustra... aún prefieres obedecer. Eso es bueno. Mucho

mejor. —Su sonrisa se ensanchó cuando se puso de pie. Tomó una mano alrededor de mi garganta, pero no la apretó, todavía no. Simplemente me mantuvo allí, clavada a la pared. Mi respiración era inestable, caliente y pesada en mis pulmones mientras temblaba. Con su mano libre, agarró mi muñeca y la levantó, mirando los dedos que había usado para darme placer.

—Eres más divertida de lo que esperaba —dijo en voz baja. Suavemente, tomó mi dedo en su boca. Jadeé ante el contacto. Su lengua se deslizó sobre mi piel, saboreando cada gota de mis jugos, su boca abrazándome de una manera aterradora y excitante. Sus labios estaban tiernos. Sus dientes rozaron mi piel mientras chupaba, su boca me envolvió con una succión que no pude evitar imaginar que se aplicaría a otras partes de mí. Su agarre en mi garganta se apretó, presionándome hacia atrás, haciendo mi respiración difícil, pero no imposible.

Contuve el aliento lo mejor que pude mientras lentamente retiraba mi dedo de su boca. Se humedeció los labios y sus ojos se encontraron con los míos. Su mirada era cruel, hambrienta. Su mirada pasó de mis ojos a mi boca, una pregunta silenciosa, una orden que no se atrevía a decir.

Así que la dije en su lugar.

—Hazlo —exigí—. Bésame.

Su mano permaneció agarrada alrededor de mi garganta mientras reclamaba mi boca, su cuerpo presionado contra el mío, las correas de metal del arnés que usaba se clavaban en mi pecho, y el dolor me hizo querer aferrarme a él con más fuerza. Mis manos agarraron sus caderas, luego arañaron su espalda, se envolvieron alrededor de sus hombros y lo empujaron contra mí mientras nuestras lenguas se entrelazaban. Su sabor era menta, tabaco tenue y cerveza. Mordió mi labio, se rió de mi jadeo y luego me besó de nuevo. Fue una lucha entre nosotros por quién podría ser más rudo, quién podría exigir más, como si estuviéramos tratando de fusionar nuestros cuerpos. Le arañe el cuello, decidida a romperle la piel, y se estremeció contra mí.

De repente me levantó, me golpeó contra la pared y me sostuvo allí mientras nos besábamos. Mis piernas se envolvieron alrededor de su cuerpo, mis manos acariciaron su cabello y tiraron su sombrero de vinilo

al suelo. Agarré el pelo de su nuca sin piedad, esperando sentirlo temblar de dolor. Mordí su labio hasta que gimió en mi boca y sentí un sabor a hierro. Lamí la sangre que goteaba, mi lengua se deslizó sobre su barbilla y su boca, saboreando el violento sabor. Enredó una mano en mi cabello y tiró con tanta fuerza que mi cuero cabelludo dolió, mientras que la otra mano apretó mi dolorido trasero debajo de mi falda. Sentí la dureza en sus jeans mientras se presionaba contra mí, esa deliciosa polla esperándome.

Ambos hicimos una pausa, sin aliento. Gotas de sangre brotaron de mis arañazos en su cuello, una vista satisfactoria. Su mano todavía agarraba mi cabello, cruelmente apretado. Su pecho estaba agitado, el calor irradiaba de su piel mientras me bajaba lentamente de nuevo a mis pies, pero no permitió distancia entre nosotros. Se estiró y se secó el labio sangrante con el dorso de la mano, mirando la mancha roja con una pequeña sonrisa.

—Me hiciste sangrar —dijo.

—Y tú *no* me hiciste sangrar.

Sus cejas se alzaron. —¿Es eso un problema?

Me encogí de hombros, tratando de parecer poco impresionada a pesar de estar completamente sin aliento y mareada por el deseo. —Esperaba más. Mierda, cuando me encontraste aquí, pensé que me harías llorar.

Se rió, un sonido peligroso, y negó con la cabeza: —¿Es eso lo que *quieres*, Jess?

Sí. En lugar de eso dije. —Quiero abofetearte.

Se inclinó, su voz era un susurro. —¿Oh, de verdad? ¿Por qué? Te gusta verme sufrir, ¿eh? Vamos. —Giró levemente la mejilla—. Abofetéame. Te reto. Mira qué pasa.

No necesitaba decírmelo dos veces.

El sonido de mi palma golpeando su rostro fue tan fuerte que no me habría sorprendido que lo escucharan afuera, incluso con la música. Puse mi fuerza en eso, toda mi frustración cachonda, toda mi confusión sobre lo excitada que estaba por él, pero él apenas se estremeció. En cambio, dijo en voz baja: —Ahora tengo que hacerte llorar, Jessica.

Salimos del baño juntos, sin aliento, mi mano entrelazada con la suya. La parte paranoica de mí esperaba que se reuniera una multitud fuera de la puerta, pero solo un tipo irritado y medio dormido estaba allí.

—Arriba —susurró Manson, y se dirigió por el pasillo, entre la multitud de gente borracha y risueña. Subimos corriendo las escaleras, nuestros zapatos suaves sobre los escalones alfombrados. Mi corazón estaba acelerado, el vértigo mantenía una amplia sonrisa en mi rostro. En lo alto de las escaleras me agarró de nuevo, besándome con saña, sus manos se enredaron en mi cabello. Cada vez que nos separamos, sentía como si estuviera rompiendo la superficie de una piscina: jadeaba en busca de aire, la visión se nublaba, mi cuerpo se iluminaba.

Había una puerta al final del pasillo, un dormitorio con las luces apagadas. Manson sacó un mechero de su bolsillo y, mientras yo permanecía cerca de la puerta, encendió velas alrededor de la habitación, llenándola con un resplandor anaranjado parpadeante.

—Iluminación ambiental, muy conveniente —le dije, mientras caminaba hacia mí—. Que afortunada.

Él sonrió. A la luz de las velas, su rostro se proyectaba en extrañas sombras y se veía aún más oscuro y más misterioso. —Tengo un poco de debilidad por las velas. La señora Peters dice que la aromaterapia aliviará mi ansiedad.

Fruncí el ceño. —Espera... es este...

—Este dormitorio es mío. Nadie nos molestará.

Me tome un momento para que lo que había dicho se registrara completamente en mi cerebro. No podía ver gran parte de la habitación, incluso con las velas encendidas. La cama tenía una cabecera que recordaba a una verja de hierro, maciza y oscura. El cráneo de un toro gigante, pintado de negro y adornado con copos de oro, me miró desde la pared.

—Espera... espera... esta es... —tartamudeé—. ¿Dijiste que esta es *tu* habitación?

—Sí... —Miró a su alrededor, como si se volviera a familiarizar con el lugar, y se encogió de hombros—. Empecé a vivir aquí después de cumplir 18 años.

Apenas podía creerlo. Manson Reed... ¿viviendo con la familia Peters? ¿Una de las familias más ricas de la ciudad?

—¿Cómo? ¿Por qué? —Pude ver vagamente nik-naks alineados en los estantes cercanos, discos de vinilo, cristales brillantes y dagas en vitrinas de vidrio. Cosas bonitas, cosas de *valor*.

—La señora Peters es una trabajadora social —dijo. Parecía incómodo—. Ella era... *mi* trabajadora social. Mi mamá quería mantener la custodia de mí, pero no tanto como quería que mi papá estuviera cerca. —Se aclaró la garganta y la incomodidad se hizo aún más evidente: parecía dolido—. Siempre había planeado irme el día que cumpliera 18 años. No estaba dispuesto a quedarme y recibir una paliza más de lo necesario. Fui a la señora Peters en busca de un consejo. Pero en lugar de un consejo, conseguí un lugar donde quedarme.

No supe que decir. ¿Qué *podía* decir? Todos en la ciudad sabían que el padre de Manson era un desastre, se fue cuando él peleó con su esposa y luego regresó después de unos meses. Pero mierda... Nunca supe que era así. Nunca me había molestado en preguntar...

—Eso es... eso es um... —Quería disculparme, pero nada parecía adecuado. Después de toda la mierda por la que había pasado en la preparatoria, tuvo que ir a casa y lidiar con más cosas. Niños egoístas y engreídos, acosándolo solo porque podíamos. Había estado tan mal... tan jodidamente cruel...

—Manson, yo... lo siento mucho...

—No quiero hablar de eso —dijo con firmeza. No lo culpé, tampoco hubiera querido eliminar todos los demonios de mi pasado, especialmente no con una persona que causó algunos de ellos—. Tal vez... algún día. Si realmente quieres escucharlo. Solo... no ahora.

—Quiero escucharlo. Algún día. —Le di una sonrisa, una sonrisa verdadera y genuina. Lo decía en serio: quería verlo más profundamente,

quería escucharlo hablar. No sabía si compensaría ser un idiota con él, pero tal vez era un comienzo.

Sorpresa, luego una suave calma se apoderó de su rostro. Acarició con sus dedos mi clavícula, subió por mi garganta y los apoyó debajo de mi barbilla.

—Algún día —repitió—. ¿Quieres decir que no te estoy asustando?

—Para nada —me puse de puntillas, y mi beso fue casto esta vez, una promesa en vez de una orden—. Además, me gusta tener miedo.

Él se rió, casi con incredulidad. —Oh, Jess. Corriste con la gente equivocada en la preparatoria, ¿lo sabías? Hubieras encajado perfectamente con los monstruos.

Resoplé, incrédula. —A mucha gente le gustan las cosas que dan miedo. A mí me gustan un poco... más. —Me encogí de hombros, como si esto fuera algo perfectamente normal, y ciertamente no algo que acababa de descubrir sobre mí.

—Oh, claro, por supuesto, así que veamos: le gustan las cosas aterradoras... le gusta el dolor ... se excita al ser tratada como una esclava... —Manson hizo algunos cálculos simulados en su cabeza mientras yo ponía los ojos en blanco—. Sí, definitivamente me suena como un fenómeno.

—Oh silencio. —Envolví mis brazos alrededor de su cuello—. Dijiste que me harías llorar, ¿recuerdas? Te estás distrayendo.

—¿Lo estoy? —se rió entre dientes—. Todo lo que trato de decir es que creo que encajarías con mis amigos. A pesar de que... les tienes miedo.

Un ruido repentino me hizo saltar: un crujido desde el fondo de la habitación a oscuras... un paso... un suspiro. Mi cuerpo se puso rígido. Algo se movía en la oscuridad.

—Manson... Manson qué...

Hubo risas, una risa inquietantemente familiar, y luego tres rostros anormalmente blancos aparecieron en la oscuridad.

—¿Nos extrañas, Jess? —Vincent murmuró, justo cuando me di cuenta de que estaba encerrada en una habitación con *tres malditos payasos*.

Podría haber gritado. No estaba del todo segura de qué ruido salió de mí mientras me cubría los ojos, sacudiendo la cabeza, decidida a imaginar que realmente no estaban allí. Esos rostros horribles y espeluznantes, esas amplias sonrisas, los ojos esqueléticos de anillos oscuros. Manson bajó mis manos y agarró mis muñecas.

—Oh, eso no es muy amable, Jess —dijo con dulzura—. No podía dejar que se perdieran la diversión. Ahora puedes conocerlos mejor.

Contuve la respiración en un esfuerzo por dejar de gemir. Los payasos se quedaron en la oscuridad, mirándome, sonriéndose el uno al otro. Me temblaban las manos, el corazón latía con fuerza. Luché para soltarme del agarre de Manson y me aferré a su camisa, presionando mi cara contra él para no verlos.

—¿Quieres irte? —susurró tiernamente en mi oído—. ¿O quieres enfrentar tu miedo y ser una buena chica para mí?

Me obligué a calmar mi respiración. Estos payasos tenían nombres, y bajo esa estructura sabía que eran humanos, a pesar de que mi cerebro seguía insistiendo en que eran monstruos. Levanté la cabeza lentamente del pecho de Manson, mirándolos. Su apariencia solo empeoró por la oscuridad en la habitación: las llamas parpadeantes de las velas hicieron que sus rasgos parecieran moverse y cambiar en un abrir y cerrar de ojos. Uno de ellos, Lucas, estaba agachado en el suelo, con los ojos fijos en mí. Sonriendo. De pie detrás de él, Vincent estaba haciendo girar algo alrededor de su dedo, algo metálico que captó la luz de las velas y destello.

¿Esposas?

La adrenalina palpitante que me invadió al verlos comenzó a calmarse. Con el desvanecimiento del terror vino una extraña euforia, placer envuelto en malestar. Lentamente levanté mis ojos hacia Manson.

—Y-yo... quiero ser una buena chica... —dije suavemente. Luego, aún más suave—. Eres tan jodidamente malvado, Manson. Me gusta eso.

Sonrió y, por un momento, podría haber jurado que parecía orgulloso de mí. Me besó en la frente y dijo: —Entonces sé un buen ángel: arrástrate hacia ellos y ofréceles tu boca.

Dio un paso atrás, y sin la barrera de su cuerpo entre los payasos y yo, sentí como si los estuviera mirando por un túnel largo y estrecho. Caí de rodillas y moví una mano frente a la otra mientras me dirigía lentamente hacia ellos, dividida entre no querer apartar los ojos de ellos y desesperadamente querer apartar la mirada.

Son solo humanos, solo son humanos.

Se elevaban por encima de mí. Me obligué a levantar la cabeza y encontrarme con sus ojos oscuros mientras me miraban desde los pozos negros que habían pintado en sus caras. Mis brazos temblaron cuando los sostuve frente a mí, con las muñecas juntas, un ofrecimiento.

—Será mejor que las cierres en mi —dije con fuerza, mirando las esposas que Vincent sostenía. Mi respuesta de lucha o huida fue fuerte, lo que me hizo temblar. Obligarme a someterme, ignorando el instinto, estaba llenando mi cuerpo con tal ráfaga de químicos y hormonas que se sentía como una droga.

—Qué buena chica. —Vincent cerró las esposas alrededor de mis muñecas, el frío metal hizo que se me pusiera la piel de gallina. Una vez que estuvieron aseguradas, sostuvo la diminuta llave plateada frente a mi cara, y con una sonrisa sádica, la frotó entre sus manos. Fruncí el ceño, confundida, pero cuando separó las manos, la llave se había ido.

—Eres nuestra ahora, angelito —dijo Jason, rodeándome. Miré hacia atrás y vi a Manson recostado en el cofre al final de la cama, recostado hacia atrás, con los codos apoyados en el colchón.

—No olvides tu palabra de seguridad —me recordó—. O tres golpes en sus piernas, si tu boca está... ocupada. —Sus dientes relucientes brillaron en la oscuridad, y Lucas me agarró la cara y me obligó a mirarlos.

—Te ves aún más bonita así —dijo, su voz ronca mientras trataba de mantener el volumen bajo. Giró mi rostro de un lado a otro, y luego sentí unas manos en mi cabello, acariciándolo... manos tocando mi espalda...

mi cuello. Me sentí como una muñequita indefensa, encadenada y obediente, asustada pero lista para ser utilizada.

Los converse de Lucas golpearon mis rodillas, separándolas, y Jason se inclinó a mi lado, sus ojos oscuros se acercaron inquietantemente a mi cara. Lentamente levantó mi falda, antes de mirar a su alrededor con una exagerada expresión de sorpresa.

—Qué ángel tan travieso. Sin bragas, ¿eh?

—Asustarla enciende al angelito —dijo Manson—. Tengo la teoría de que cuanto, más grita y lucha, más se moja.

Me estremecí, las aterradoras palabras tuvieron exactamente el efecto que estoy segura él esperaba que tuvieran: mi clítoris palpitaba, mi interior latía y se apretaba con el deseo de ser llenado. Una mano agarró mi garganta, y el rostro de Vincent se acercó al mío mientras inhalaba profundamente a lo largo de mi cabello, riéndose en mi oído. Sus labios pintados de negro rozaron mi mejilla, luego bajaron por mi cuello, enviando escalofríos a mi piel. Jason dio la vuelta para pararse frente a mí, y Lucas retrocedió, fuera de mi vista. De alguna manera, no poder verlos era incluso peor que tener que mirar fijamente sus espeluznantes caras de payaso.

Jason bajó la cremallera de la parte delantera de su mono negro, dejando al descubierto su pecho, hasta llegar a su polla gruesa y dura. Los tatuajes oscuros y atrevidos lo cubrían como un lienzo. Sus dedos anillados agarraron su miembro y lo acariciaron lentamente, y mis ojos quedaron hipnotizados por la vista.

—¿Puedo... —Mi voz tembló, formando palabras casi imposibles—. ¿Puedo probarlo... por favor?

Más risas de los tres, risas que parecían hacer eco a mi alrededor en la oscuridad. Las manos de Vincent enmarcaron los lados de mi cara y sus dedos presionaron mi mandíbula, inclinando mi cabeza hacia arriba y hacia atrás, manteniéndome en mi lugar.

—Abre la boca —siseó la voz de Vincent en mi oído. Otra mano agarró mi cabello, y en la esquina de mi visión, Lucas se inclinó.

—Ábrete de par en par —se rió entre dientes. Obedecí, se me hizo agua la boca por el sabor de ese espeso falo aterrador. Jason entró en mi boca, deslizándose sobre mi lengua, llenando lentamente mi garganta mientras yo mantenía mi boca abierta obedientemente.

—Haz que se sienta bien —ordenó Manson, y cerré mis labios alrededor de la polla de Jason, chupando suavemente, enrollando mi lengua alrededor de su cabeza. Jason gimió y comenzó a empujar dentro de mí, golpeando la parte posterior de mi garganta. Vincent apretó su agarre en mi cara, manteniéndome quieta mientras Jason usaba mi boca.

—Míralo, ángel —susurró Vincent, e hice todo lo posible por obedecer, mis ojos se abrieron como platos mientras miraba a Jason, sus dientes se enseñaron con saña mientras su respiración comenzaba a temblar por el placer. De repente, Lucas soltó mi cabello y fue a pararse junto a Jason, bajándose la cremallera de su traje y tirando a un lado sus calzoncillos negros. Mis ojos se abrieron al mirarlo: su pene estaba perforado, una barra de plata curva encajada en la parte inferior de su cabeza. Nunca había visto eso antes - nunca pensé que alguien haría eso - y apenas podía imaginar cómo se sentiría eso dentro de mi garganta.

Jason enredó su mano en mi cabello, follándome, lo suficientemente fuerte que mis ojos se llenaron de lágrimas. La emoción se extendió a través de mí mientras su polla palpitaba, y las manos de Vincent se movieron de mi cara para rascar mi espalda, dejando tras de sí las líneas punzantes de sus uñas. Llegó a mis caderas, me agarró, luego apretó mi carne hasta que dolió y gemí. Mi ruido empujó a Jason al límite. Apretó profundamente mi garganta, maldiciendo mientras se corría, llenando mi boca con su semilla.

—Buena chica, Jess —escuché a Manson levantarse de la cama y acercarse a mí, sus botas haciendo clic en el suelo, y un escalofrío me recorrió la espalda mientras sus dedos acariciaban el costado del cuello. No estaba segura de cómo estaba segura de que el toque era de Manson, simplemente lo *sabía*. Jason dio un paso atrás, se estabilizó, y Lucas no perdió tiempo en ocupar su lugar. Fue duro desde el principio, presionando profundo y fuerte. Las dos bolas suaves de su piercing presionaron contra mi lengua, y cuando llegó a la parte posterior de mi garganta me atraganté, no acostumbrada a la sensación del metal.

—Tranquila, ángel —dijo Vincent, y sus manos se deslizaron por mis caderas y bajaron... entre mis piernas—. Lucas no es muy amable, ¿verdad?

—Lucas debe tener más cuidado. —La voz de Manson era una orden, al igual que el agarre que tuvo brevemente sobre el brazo de Lucas mientras lo rodeaba. Lucas gruñó furiosamente, pero alivió la presión en la parte posterior de mi garganta, moviéndose más lentamente, dándome tiempo para acostumbrarme a su tamaño y la curiosidad de su barra.

Traté de mantener mis ojos en Manson, mi miedo persistente se calmó mientras él retrocedía para mirar, un rostro severo en la oscuridad. Pero los payasos pronto reclamaron mi atención nuevamente; La mano de Vincent se deslizó por debajo de mi falda, acariciando mi clítoris, y casi convulsioné por la estimulación. Lloriqué, moviendo obedientemente mi lengua sobre la cabeza de Lucas, saboreando el sabor de la carne y el metal. Los dedos de Vincent se deslizaron más abajo y presionaron dentro de mí.

—Oh, tan mojada, angelito —murmuró. Metió los dedos en mí, y cuando los retiró, estaban resbaladizos por mi excitación. Observó cómo los hilos relucientes se extendían entre sus dedos mientras los cortaba antes de lamerlos hasta dejarlos limpios. Luego me tocó de nuevo, frotando mi clítoris a un ritmo lento y firme, hasta que mis piernas dobladas comenzaron a temblar.

—Haz que se corra, Jess —dijo Manson, deslizándose fuera de mi vista de nuevo, rodeando la escena. Ansiosa por obedecer, incliné la cabeza para tomar a Lucas más profundo, forzándome a aceptar la presión de la barra contra la parte posterior de mi garganta. El cuerpo de Lucas se puso tenso, sus movimientos bruscos, mi renovado entusiasmo lo hizo gemir.

—Qué buena puta —gruñó. Su palma hizo contacto con mi cara, un suave pinchazo, y sonreí tan ansiosamente como pude con mi boca tan llena. Me abofeteó de nuevo, me abofeteó con más fuerza, su fuerza aún se redujo para asegurarse de que no lo atrapara accidentalmente con los dientes. La estimulación de Vincent sobre mi clítoris me hizo temblar, mis músculos se tensaron, llevándome al borde del orgasmo.

—Ella no tiene permitido correrse —ordenó Manson, y Vincent desaceleró sus toques hasta que no fue más que una broma, y casi grito de

frustración. *Hubiera* gritado, si Lucas no hubiera tomado aire de repente, temblando mientras se corría, llenándome la boca.

Lo tragué, jadeando, mi cabeza ligera cuando finalmente tuve un momento para respirar normalmente. Cada nervio de mi cuerpo se sentía como si estuviera en llamas, sensible al más mínimo toque, y el subidón de mis hormonas inundadas hizo que todo se sintiera surrealista. Mi mundo entero era ese cuarto oscuro, esos tres payasos risueños, el sabor de su sexo en mi boca... y Manson, vigilándolo todo como un dios demoníaco.

Me puse las esposas por un breve momento, solo para sentir el metal clavarse en mi piel, brutalmente irrompible. Vincent era el único que quedaba ahora para estar complacido, y lentamente, retiró sus dedos de mí y los llevó a mis labios.

—Sé una buena chica —instó, y chupé sus dedos obedientemente, saboreando mi propio sabor, salado y suave. Chupé sus dedos como si quisiera chuparle la polla, y él se rió entre dientes mientras lo hacía—. Bueno, mierda. ¿Cómo puedo resistirme a eso?

Lo miré con una sonrisa aturdida mientras se levantaba y se inclinaba sobre mí. Los otros observaron, sin palabras, el sonido de su respiración jadeante, áspera.

Se oyeron pasos detrás de mí y Manson besó suavemente la parte superior de mi cabeza.

—¿Lo estoy haciendo bien? —Dije, mis palabras tropezaron lentas mientras miraba hacia atrás. Me sonrió y mi corazón pareció hincharse. Había tantos pequeños detalles que noté sobre él ahora, incluso en la penumbra: cómo tenía perforaciones en las orejas, pero no llevaba aretes, que había una torcedura en la nariz como si se hubiera roto antes, que había pequeñas cicatrices alrededor de sus labios y pómulos. Era guapo... casi bonito. Sus ojos estaban hundidos y oscuros, pero sus rasgos eran suaves, endurecidos solo por la tensión en su mandíbula.

—Muy bien, ángel. Tan bien que tengo una pequeña sorpresa para ti.

La emoción floreció en mí. Luego hubo un clic y algo brilló a la luz del fuego. Algo metálico, agarrado por la mano de Manson.

—Preguntaste sobre esto antes —dijo, girando el cuchillo en su mano para que cada movimiento captara la luz y brillara como el sol—. Me preguntaste si todavía lo llevaba. Lo hago. Es el mismo con el que asusté a tu ex. Va a todas partes conmigo y siempre se mantiene afilado.

Mi aliento se sintió frío en mi pecho mientras miraba el cuchillo. La emoción de ese peligro, tan cercano, me dio ganas de reír y llorar. Las llamas de las velas se reflejaron en los ojos de Manson, un infierno ardiente en su mirada. Me di cuenta de que había eliminado su contacto blanco, pero no lo encontré menos intimidante. No podía apartar la mirada, incluso cuando mi corazón comenzó a latir como un tambor contra mi caja torácica.

—Este es un cuchillo de mariposa. —Hubo otro clic, un destello, y la hoja desapareció, doblada hacia el mango curvo que sostenía en su mano. Luego, con la misma rapidez, clic, destello, salió de nuevo, giró entre sus dedos como por arte de magia—. Se necesita mucha práctica para manejarlo correctamente... y muchos dedos cortados.

La vista de la hoja fue fascinante. Me sentí hipnotizada, incapaz de apartar la mirada, como si estuviera contemplando una reliquia sagrada. Con un tono sobrio, Manson me tocó ligeramente la cara, atrayendo mi atención de nuevo a sus ojos.

—¿Quieres jugar, ángel? —preguntó suavemente, y sacudió un poco el cuchillo—. ¿Con esto?

Por un momento, olvidé respirar. Asentí con entusiasmo. —Sí... sí, por favor...

—¿Confías en mí? —El cuchillo brilló. Mi corazón latía con fuerza.

—Sí —tragué saliva—. Confío en ti, Amo.

La hoja se acercó ... me besó en la mejilla y jadeé ante el toque frío. Se deslizó hacia abajo, ligero contra mi piel, para acurrucarse contra el suave y tierno rubor justo debajo de mi oreja.

—No te haré daño, ángel —dijo—. Solo quiero recordarte quién está a cargo. Solo quiero recordarte que sigas siendo una buena chica. Entonces, cuando Vincent haya terminado, finalmente podrás ganar tu recompensa. ¿Entendido?

—Sí —respondí rápidamente, resistiendo el impulso de asentir con entusiasmo. Ese cuchillo debería haberme aterrorizado, debería haberme hecho gritar. Pero no había mentido: confiaba en Manson, confiaba en que él no me haría daño, no de una manera que no me gustaría.

Nunca pensé que podría experimentar tanto placer solo con las palabras, tanto éxtasis por el miedo. Miré a Vincent, el cuchillo presionado contra mi garganta y lloriqueé suavemente. —Por favor... por favor úsame...

Vincent entró en mi boca, moviéndose lentamente, deslizando su longitud burlonamente sobre mi lengua. Cuando lo miré y vi esa cara de payaso sonriéndome, sentí que el terror me retorció las entrañas. Pero el miedo sólo aumentó mi placer e hizo que mis entrañas se tensasen de deseo. Manson estaba detrás de mí, sosteniendo el cuchillo con ternura contra mi piel mientras Vincent empujaba dentro de mí.

—Lo estás haciendo tan bien, ángel, estoy tan orgulloso. —Habló con suavidad, su voz tranquila—. Te ves tan bonita con la boca llena de una polla.

Sus palabras me hicieron retorcerme con entusiasmo. Complacerlo se sentía tan bien, sabiendo que estaba disfrutando lo que veía. Tuve que quedarme casi completamente quieta, no quería arriesgarme a un corte moviéndome demasiado repentinamente. En cambio, hice todo lo posible para acariciar la polla de Vincent con mi lengua mientras él entraba y salía de mi garganta.

Vincent cambió su ritmo como lo deseaba, usando mi boca como un juguete, agarrando mi cabello para estabilizarse. Se apretó, profunda y lentamente, contra la parte posterior de mi garganta, gimiendo cuando me apreté a su alrededor. Comenzó a moverse más rápido, más fuerte, agarrándose con más fuerza. Los labios de Manson rozaron mi cuello, enviando escalofríos por mi columna. Dejó besos suaves como una pluma al lado de mi espada, elogiándose por mi resistencia, mi obediencia.

Gemí y Vincent jadeó, su respiración se entrecortó mientras sus movimientos se volvían más bruscos. Cuando se derramó en mi boca, se presionó profundamente, casi me atraganté cuando bombeó en mi

garganta. Pero cuando se apartó, todavía me las arreglé para tragarlo todo y sonreí victoriosamente.

—Gracias —susurré. Mi barbilla estaba mojada con saliva, incluso había goteado hasta mis senos y mi sostén. El cuchillo salió de mi garganta y Manson echó mi cabeza hacia atrás, con una amplia sonrisa en su rostro mientras me besaba. Su boca me consumió por completo, su lengua acariciando la mía. Me levantó más sobre mis rodillas, y cuando nuestras bocas se separaron, dejó un rastro de besos por mi mejilla y por mi garganta, mordiendo suavemente mi tierna piel antes de plantar un beso final en mi clavícula y alejarse.

—Necesitamos nuestra privacidad ahora, muchachos —dijo—. Déjennos.

Parte IV – El cuchillo

Manson me levantó del suelo y me acunó como a un bebé. Me llevó a la cama y me recostó sobre las suaves sábanas negras, frescas contra mi espalda. Se arrastró sobre mí, brazos y piernas a horcajadas sobre mí, como una bestia sobre su presa, y me besó de nuevo. Empujó mi cabeza hacia atrás, por lo que mi garganta quedó expuesta y se movió lentamente hacia abajo. Me pellizcó entre besos, luego esos pellizcos se convirtieron en mordiscos, como si me fuera a comer viva. Mis manos todavía estaban esposadas, y deseaba desesperadamente tocarlo, abrazarlo, arañarlo. Quería hacerlo sangrar de nuevo.

Pero todo lo que mis manos pudieron alcanzar fue la entrepierna de sus jeans. Estaba duro, presionado contra la tela cuando mis dedos hicieron contacto y comencé a acariciarlo, esperando desesperadamente que lo hiciera desvestirse más rápido. Él respondió a mi toque, frotándose contra mí por unos momentos mientras me mordía, justo en la curva entre mi cuello y mi hombro, y grité de dolor.

—Manson, por favor... —Apenas pude pronunciar las palabras—. Por favor... quiero que-

—Shhh, shh, angelito. —Se apartó de mí, aunque parecía que era una lucha. Su cabello se había caído y lo empujó hacia atrás en su lugar, respirando profundamente—. Obtendrás tu recompensa. —Sus dedos recorrieron mi pecho, entre mis senos. Enganchó un dedo debajo de la fina tira de mi sujetador, rompiéndola contra mi piel—. Serás recompensada... lenta... y dolorosamente.

Gruñí en mi entusiasmo, apretando mis caderas contra él. Saltó de la cama y se dirigió hacia las sombras, por lo que apenas pude verlo por un momento. Cuando regresó, tenía el cuchillo en la mano. La abrió y la cerró en destellos de metal, como magia entre sus dedos que se movían rápidamente.

Los sonidos de la fiesta afuera parecían tan lejanos, otro mundo por completo. La oscuridad que nos rodeaba podría haberse extendido para siempre, las paredes de la casa inexistentes. Estábamos en otro mundo, un mundo donde el placer y el dolor, el miedo y la emoción eran todos iguales.

No estaba actuando solo por honrar un desafío, incluso mi impulso desesperado por la liberación palidecía en comparación con mi simple deseo de complacer. Experimentar lo desconocido, lo aterrador, lo prohibido.

En este momento, lo desconocido era una hoja reluciente en la mano de Manson, acercándose cada vez más.

Todo mi cuerpo pulso con los latidos de mi corazón, la adrenalina inundaba mi cerebro. La mano de Manson se extendió, acarició mi cabello y lo agarró. El tirón contra mi cuero cabelludo tiró mi cabeza hacia atrás, lo suficiente para exponer mi garganta una vez más, todavía escociendo por los moriscos que había dejado allí.

—Me encanta lo excitada que te ves —reflexionó—. Tus ojos se iluminan. Todo tu cuerpo está temblando... Puedo escuchar la forma en que tu respiración se estremece. —Él se rió entre dientes—. Eso es lo que me gusta ver.

Se inclinó sobre mí. A la luz parpadeante de las velas, su rostro era una máscara de sombras en movimiento y formas extrañas, un Picasso oscuro. —Cuando apunté con este cuchillo a esos imbéciles... se veían tan jodidamente sorprendidos —reflexionó con voz suave—. Ellos siguieron y siguieron hablando de cómo traté de matarlos. Ni siquiera traté de lastimarlos, Jess. No me gusta lastimar a la gente... no... no así.

Presionó la parte plana de la hoja contra mi mejilla. El metal estaba terriblemente frío y me estremecí, pero no tenía adónde ir. Su agarre sobre mí me mantuvo quieta. La hoja me acarició, suave y peligrosa. Había comenzado a regular mi respiración para mantenerme completamente quieta. Fue como una meditación, ese momento lento y prolongado. Estaba tan quieta que podía sentir cada sensación en mi cuerpo: el cosquilleo de piel de gallina sobre mi piel, el temblor en mis piernas que se negaba a

detenerse, el calor y la tensión en la parte inferior de mi abdomen, y la hinchazón de mi clítoris, dolorido por ser tocado.

Su rodilla se movió entre mis piernas, forzándolas a separarse. El cuchillo descansaba justo contra mi mandíbula, pero luego lo movió más abajo, hasta que la parte plana de la hoja presionó contra mi garganta. Gemí, apretando los ojos con fuerza.

—No, no, no, Jess —habló con suavidad, apenas por encima de un susurro—. Mírame. Necesito ver tus ojos.

Hizo una pausa mientras volvía a abrir los ojos, buscando mi expresión con cuidado antes de sonreír. —Buena chica. Muy valiente. —Su rodilla se presionó contra mí, justo contra mi clítoris sensible e hinchado. Jadeé ante el contacto, un fuerte estremecimiento recorrió mi cuerpo. Gemí y mis caderas comenzaron a moverse de nuevo, frotándome contra él.

—Qué ángel tan sucia. Mírate: ¿lo necesitas tanto? ¿Moviéndote contra mí como un cachorro? —Presionó su rodilla contra mí con más fuerza, de modo que la intensidad de la presión contra mi clítoris fue dolorosa. Pero todavía seguía frotándome, lloriqueando, gimiendo profundamente en mi garganta. El temor adicional de que demasiado movimiento pudiera hacer que la hoja me cortara solo lo hizo más caliente.

La aspereza de sus jeans contra mi piel sensible hizo que mis ojos se llenaran de lágrimas, pero no me detuve. Incluso en la penumbra, podía ver la humedad que mi excitación dejaba en su rodilla, la tela brillante. Se inclinó, y la urgencia de besarlo de nuevo me abrumó. Pero no pude alcanzar sus labios, no pude cerrar la pequeña brecha entre nosotros con el cuchillo en mi garganta.

—¿Recuerdas tu palabra de seguridad? —él dijo. Su voz era tensa, áspera, como si estuviera luchando por controlarse. Habían sido solo minutos, ¿segundos? ¿horas? ¿una eternidad?, desde la última vez que me preguntó eso. Pero ahora entendí que mi confirmación lo tranquilizaba.

Mi respuesta fue suave, mi voz apenas un suspiro, cargada de lujuria. —Sí, la recuerdo...

De repente, el cuchillo ya no estaba presionado contra mi garganta. Su mano se desenredó de mi cabello y se envolvió alrededor de mi cuello,

apretando lo suficiente para sofocar mi respiración, pero no cortarla por completo. La sensación de luchar por respirar envió escalofríos de placer a través de mí, y tiré de mis esposas, el metal mordiendo mi piel.

Manson apartó la rodilla de mi coño y grité de frustración. —¡N-no! Tócame por favor... no... no... —Él sonrió mientras yo me retorcí, mis caderas se movían, esforzándome por el contacto de cualquier tipo—. Por favor, Manson, lo necesito... por favor... —jadeé cuando su agarre se apretó, presionando con fuerza los lados de mi cuello hasta que, después de una breve ráfaga de mareo, sus dedos se aflojaron y gemí. Sentía un hormigueo en la piel, todos los nervios estaban encendidos. Quería sentir su cuerpo apretado contra mí, lo quería dentro de mí.

Él realmente me tenía. Me sentí pequeña y patética, tan más allá de cualquier orgullo que estaba a punto de comenzar a *suplicar* que me follé. Pero las palabras eran difíciles y unir las en oraciones coherentes era aún más difícil. El resultado fueron gemidos y palabras inconexas, burbujeando de mi boca en una corriente inútil mientras trataba de transmitir cuán desesperadamente necesitaba su toque.

—Aww, mi pobre Jess —se rió de mí, se rió de mi inutilidad, mi impotencia—. ¿Qué pasa, hmm? ¿Qué quieres? —Me quejé aún más fuerte, esforzándome contra su mano, retorciéndome. Si no me tocaba, entonces quería desesperadamente tocarme a mí misma, deslicé mis manos esposadas debajo de mi falda, gimiendo hasta que mis dedos se deslizaron entre los pliegues húmedos de mis labios. Dios, sí... el placer irradiaba a través de mi cuerpo...

—Oh, no, no, no podemos tener eso.

De repente se sentó a horcajadas sobre mí, con el cuchillo a un lado para poder apartar mis manos de entre mis piernas. Luché con él todo el tiempo, rogando y maldiciendo. Me sorprendió, al principio, cuando sacó una pequeña llave de su bolsillo y abrió una de mis muñecas, pero mi sorpresa se convirtió en horror cuando en lugar de soltar mis dos muñecas, usó el brazalete para asegurar mi brazo al armazón de la cama.

—¡No, no, no, Manson, por favor, por favor, por favor!

Aseguró una muñeca y luego la otra, sacando otro par de esposas de su mesita de noche. Mis brazos estaban muy abiertos, tocarme era

completamente imposible. Solo quería tocarlo, ¡a él, a mí misma, cualquier cosa! Fue una pura tortura que no podía. Mi frustración llena de lujuria se sintió como una alarma vibrante y aullante en mi pecho. No podía soportar las burlas, la espera, el tormento, ¡no podía!

—Te dije que te haría llorar —dijo Manson, sentándose para mirarme y sacudiendo la cabeza—. Los angelitos necesitan aprender a no tocarse a sí mismas sin permiso, ¿no es así? —Forzó mis piernas a separarse, golpeando mis muslos con fuerza para que los abriera más mientras gritaba y chillaba. Con mi coño completamente expuesto, extendido y lascivo para que sus ojos se deleitaran, dijo—: Ahora tengo que castigarte. Aún obtendrás tu recompensa, pero primero necesitas un recordatorio sobre la obediencia. —Su voz era lenta y suave, como si estuviera hablando con alguien pequeño e insignificante. Se me escapó un sollozo, aunque mis lágrimas aún no habían caído.

—Por favor, Manson, por favor, lo siento, por favor solo... solo... ahhh ... —Empujé mis caderas hacia arriba con exigencia. Mi cerebro estaba inundado con pensamientos de sus dedos presionándome, extendiéndome... pensamientos de su boca cerrándose sobre mí, succionándome, su lengua explorando dentro. Iba a perder la cabeza. Iba a gritar, llorar, cualquier cosa para convencerlo de que me diera el placer que ansiaba tan desesperadamente. Pero estaba atada, y aunque tirar de mis grilletes alivió algo de mi tensión, no hizo absolutamente nada para convencerlo de que me diera lo que quería.

—Chica traviesa —dijo—. Te ves tan linda cuando intentas escapar. Qué masoquista eres. —Miró mi coño, humedeciendo las sábanas debajo de mí, un desastre necesitado e hinchado. Luego, con un brillo perverso en sus ojos, se acercó a su mesita de noche y tomó una de las velas.

—¿Ves toda esta hermosa cera caliente? —Inclinó ligeramente la vela, de modo que la cera que se acumulaba dentro de sus paredes brillaba y rodaba—. Voy a separarte, mantenerte abierta y dejar que esto gotee directamente sobre tu clítoris, ya que tienes tantas ganas de tocar. —Me estremecí, gimiendo ante el pensamiento, y él sonrió con simpatía—. No te culpo. Sé que es muy difícil ser buena cuando lo deseas tanto. Pero para eso es el castigo: para que puedas aprender a ser una buena chica.

—Sí, Amo —sollocé, con las manos apretadas en puños mientras me preparaba para el dolor ardiente.

—Eso es bueno, aceptar tu castigo con tanta dulzura. —Tocó mi rostro con suavidad y yo me apoyé en su mano. Pero la dulzura no pudo durar mucho. Su mano dejó mi cara, recorriendo mi pecho y estómago. Tiró del borde de mi falda, metiéndola por la cintura para tener un mejor acceso. Observó mi cara y sus dedos acariciaron hacia abajo, cada vez más abajo, luego entre mis labios. Jadeé bruscamente. Frotó mi clítoris, ligeramente, apenas tocándome, tan ligero que quise gritar.

—Por favor, Amo, *por favor...* —Gemí, jadeando. Se rió de mis súplicas y abrió los dedos, separando mis labios y exponiéndome. Colocó la vela más cerca, viendo mi expresión pasar de la frustración al terror.

—¡Mierda! Por favor... por favor... joder... —Contuve el aliento, sin saber para cuánto dolor debería prepararme. ¿Qué tan mal quemaría? ¿Cuánto tiempo duraría?

—Te ves tan linda cuando estás asustada —murmuró—. Intenta no gritar demasiado fuerte, ángel. Aunque no creo que nadie te escuche de todos modos.

Inclinó la vela y cayeron dos gotitas de cera. Se aferraron a mi piel, y por un momento fue como fuego: una fracción de segundo de ardor, espantoso, suficiente para hacerme gritar. Luego desapareció, y solo quedaron las gotitas de cera que se endurecían rápidamente, negras contra mi piel.

Manson volvió a inclinar la vela y cayeron más gotas. Gemí entre mis dientes apretados. Estaba tan tensa por la anticipación que cuando la quemadura golpeó mi piel, me tomó todo mi autocontrol no gritar. Manson detuvo su tortura por un momento para frotar sus dedos sobre mi clítoris. Su toque fue más áspero esta vez, la cera se deslizó de mi piel mientras me masajeaba con un movimiento circular. El placer irradió a través de mí, tan intenso que traté de juntar mis piernas, pero él golpeó mis muslos de nuevo, regañándome. —No trates de escapar, Jess. Acepta tu castigo como una buena chica.

Temblé cuando obligué a mis piernas a permanecer abiertas. En lugar de esparcirme de nuevo, Manson sostuvo la vela sobre mi muslo y goteó

la cera caliente sobre mi piel dolorida. El dolor era menos atemorizante, pero todavía gemía con cada gota, mordiéndome el labio. Pronto mi piel estaba manchada de cera, goteos y salpicaduras cubriéndome.

Manson dejó a un lado la vela y miró por encima su obra como un artista examina su lienzo. Sus dedos trazaron lo largo de la parte interna de mis muslos, haciendo que se me cortara la respiración. —Recuerda eso de ahora en adelante: no tocarte sin mi permiso.

—Lo recordaré, Amo —dije, luego contuve la respiración mientras me abría de nuevo. Con dos dedos sosteniéndome abierta, usó su dedo medio para frotarme, enfocando su atención en mi clítoris.

—¿Cómo se siente, ángel? ¿Lo quieres más rápido? ¿Más fuerte?

—¡Sí, por favor! —Jadeé. Aumentó su velocidad y mi placer se convirtió en un nudo dentro de mí, cada vez más fuerte, extendiéndose. Apreté mis ojos con fuerza, dejándome hundir en el éxtasis, dejándome consumir. Me correría si seguía así solo por un minuto más... solo un momento más...

Me retorcí contra su mano, gimiendo desesperadamente. Estaba tan cerca... tan cerca...

—Aún no. —Apartó la mano y yo grité de furia.

— ¡Mierda! No, Manson, ¡*por favor!* —Me esforcé contra las esposas, el gruñido que salió de mi pecho fue absolutamente bestial. Pero Manson se rió con incredulidad.

—Qué cosita más malcriada. No deberías maldecirme, Jess. —Se inclinó hacia adelante, agarrando bruscamente mi barbilla—. No deberías haber hecho eso. Fue muy malo. ¿Sabes lo que les pasa a las chicas malas?

Mi temperamento todavía estaba alto. Quería morder su mano, pero lo pensé mejor. —¡Deja de burlarte de mí! —Gruñí, ignorando su pregunta— ¡Por favor! ¡Estoy a punto de correrme, maldita sea, por favor!

—Pareces tener la impresión de que te lo mereces: que no es algo que te negaré en un momento si mantienes tu buen comportamiento. —Él sonrió—. Las chicas malas reciben azotes, Jess.

La sangre desapareció de mi cara. Ya me había dado una palmada, y el dolor había sido lo suficientemente intenso como para que no quisiera volver a experimentarlo de nuevo. Quizás alguna pequeña parte masoquista de mí lo hizo, pero era una parte que estaba tratando de ignorar.

—Lo siento —dije tensa. Luego, un poco más arrepentida—. Lo siento, Amo. Yo... no soy buena esperando.

—Me di cuenta —dijo—. Y no lo sientes, todavía no. Pero lo harás.

Nunca había imaginado que podría mantenerme al límite durante tanto tiempo. ¿Podía siquiera recordar cómo era *no* estar cachonda?

Manson se recolocó, presionando una rodilla sobre mi muslo para mantenerlo abierto, y usó su mano izquierda para presionar mi otra pierna. Mi coño también se mantuvo abierto, excepto que ahora no tenía ninguna opción para intentar siquiera cerrar las piernas. Mi respiración se aceleró, estremeciéndome en el pecho, cuando de repente me di cuenta de que no había querido decir que me iba a dar una palmada en el trasero.

Iba a azotarme el coño.

Lo miré con los ojos muy abiertos. —Yo... no creo que pueda soportarlo...

—Si es un límite para ti, no lo haré —dijo con firmeza. La niebla de mi placentero espacio mental se despejó por un momento, permitiéndome ver la claridad de la realidad: no estaba realmente a su merced. Podía detenerlo. Una sola palabra le pondría fin.

Lo pensé por un momento. Aun tan asustada como estaba... quería probarlo. Quería experimentar esto, al menos una vez. Quería ver hasta dónde podía llevar esta afinidad por el dolor. El solo hecho de saber lo que pretendía hacer me traía una nueva oleada de emoción. Respiré hondo y dije: —Hazlo. Recuerdo mi palabra de seguridad. Lo diré si es necesario.

—¿Estás segura? —Sus dedos debajo de mi barbilla clavaron mi mirada en la suya. Asentí.

—Estoy segura.

En el momento en que su mano hizo contacto, un dolor punzante explotó a través de mí. Llevándolo profundamente dentro de mí,

palpitando. Traté de cerrar las piernas con fuerza, pero, por supuesto, fue inútil. Mi grito terminó con un desesperado jadeo. —*Mierda...* ahhh... Amo, por favor...

Otro azote, y luego otro. El dolor me dejó mareada, muy por encima de la sensación. Mi cuerpo hormigueaba, electrificado, mis músculos se tensaron y temblaron en anticipación a la siguiente bofetada. Me dolía el clítoris. Por mucho que doliera, no podía negar el placer de ello.

Manson fue despiadado, dejando solo un momento entre cada bofetada de su mano para que pudiera recuperar el aliento, para gritar mejor de nuevo con el siguiente golpe. Solo podía imaginar si los asistentes de la fiesta de abajo supieran lo que estaba pasando. Si supieran que la chica con alas de ángel estaba haciendo de ella misma una absoluta puta en el piso de arriba, gimiendo y suplicando que la lastimen más, más, *más*.

—Por favor, ¡Amo! —Reprimí las palabras, hipando por las lágrimas que ahora fluían libremente. No estaba segura de cuándo había empezado a llorar. No eran solo lágrimas de dolor: eran liberadoras, refrescantes. Se sentía bien llorar. Se sentía bien soportar el dolor, sabiendo que era por mi propia voluntad, sabiendo que se me permitía llorar, suplicar y luchar, sabiendo que se me permitía experimentarlo exactamente como lo necesitaba.

Pero estaba sin aliento. El dolor fue intenso. En lugar de azotarme de nuevo, Manson extendió la mano, su mano todavía estaba caliente por golpearme, y pasó sus dedos por mi mejilla, secándome las lágrimas.

—¿Estás bien, Jess? —él dijo.

Me tomé un momento para sollozar antes de recomponerme. —Estoy bien... estoy... joder... necesito... quiero...

—Ya has sido castigada lo suficiente. —Su rostro estaba tan cerca y gentilmente, tan gentilmente, sus labios rozaron los míos—. ¿Te mereces correrte ahora? ¿Hm? ¿Crees que te lo mereces?

Si me hubiera preguntado antes, ¡habría gritado que sí! ¡Por supuesto que me lo merecía! Me lo merecía, lo quería, ¡lo necesitaba! Pero ahora...

—Solo si crees que me lo merezco —susurré—. Soy... soy tu esclava, ¿verdad? Así que hago lo que dices, así que... —Encontré sus ojos con los

míos llorosos, riéndome un poco ante la pura y abrumadora sensación de todo esto—. Solo si quieres que me corra.

Sus ojos se abrieron, la conmoción evidente en su rostro. Esperé, temblando, esperando desesperadamente su misericordia. No tuve que esperar mucho.

—Qué buena chica. *Muy* buena chica.

Se movió un poco hacia atrás, agarrando mis piernas mientras se bajaba entre ellas. Besó a lo largo de mis muslos salpicados de cera, deteniéndose en los lugares donde sentía que mi aliento temblaba. Mientras permanecía allí, con los labios a solo unos centímetros de mi coño, me miró y sonrió. —Di por favor.

No tuvo que decírmelo dos veces. —Por favor, Amo, por favor, podría... —Comenzó lentamente, pero aun así cortó mis palabras tan eficientemente como una bofetada.

Primero fue solo su respiración: una exhalación a través de mi piel húmeda y sensible.

Luego, su lengua, la punta misma, se deslizó sobre mi clítoris. Gemí y él me lamió de nuevo. Movié la lengua de un lado a otro, lentamente sobre esa protuberancia hinchada. Cada movimiento hacía que mi cuerpo se sacudiera, el placer era tan agudo y repentino que era casi doloroso. Jadeé, gimiendo mientras lo miraba. Me miró de nuevo, luego su boca se cerró sobre mí por completo. El calor me envolvió, su lengua lamiendo y lamiendo mi excitación, sondeando en mi agujero, jugando alrededor de la entrada, acariciando cada parte de mí mientras me movía impotente.

Siguió mirándome mientras me complacía, y sonrió cuando mi rostro se contrajo de placer. Apreté mis piernas alrededor de su cabeza, estremeciéndome cuando su lengua se arremolinó sobre mi clítoris. Él chupaba y lamía, una y otra vez, construyéndome hasta que estuve flotando justo en el borde del orgasmo que me había estado provocando durante horas.

—Eso va a hacer que me corra, Amo —dije temblorosamente—. P-por favor... por favor... déjame correrme...

Tenía miedo de que se detuviera, aterrorizada de que me negara de nuevo; en lugar de eso, deslizó dos dedos dentro de mí, acariciando mis paredes internas, empujándome mientras succionaba mi clítoris. No solo me empujó al límite, me pateó sin piedad, enviándome a gritos al orgasmo. Todo mi cuerpo se estremeció, mis puños repiqueteando contra el marco de la cama. Cada empuje de sus dedos hacia adentro me sacó un orgasmo, hasta que apenas pude respirar, hasta que mis ojos se pusieron en blanco.

Levantó la cabeza, riendo entre dientes, la barbilla húmeda y los ojos brillantes. Me acosté, inerte contra las almohadas, jadeando, tratando de volver a la realidad.

—Yo... oh, Dios mío... —Tuve que tragar el aire, como si me hubiera estado ahogando—. Manson... eso fue...

—Oh, aún no has terminado, ángel.

Volvió a coger el cuchillo; lo vi captar la luz de las velas y destellar. Lo acercó, hacia abajo entre mis piernas abiertas. Su perversa punta afilada se acercó más, más cerca... y contuve la respiración mientras él la trazaba suavemente por mi montículo afeitado, el metal frío e implacable.

Contuve el aliento cuando el cuchillo golpeó mi clítoris. La conmoción casi me hizo saltar. Empecé a gimotear, mirando con miedo mientras él se burlaba de mi piel sensible con la parte plana de la hoja, palpitando a raíz de mi orgasmo. Se sentía bien... tan bien... a pesar de que era solo la más mínima estimulación. La textura suave y fría del metal me hizo temblar, mis nervios en llamas después de haber llegado a tal punto máximo.

—Manson, por favor... —Mi voz era un quejido, cargado de lujuria. Puso una expresión burlona de simpatía.

—Aww, ¿eso no es suficiente para el angelito? ¿Necesitas un poco más, hm? ¿Quizás algo para llenarte? Realmente parecía que te gustaban mis dedos dentro de ti.

Volteó el cuchillo que tenía en la mano, por lo que lo sostenía la hoja hacia él y el mango extendido. Con cuidado, con el filo del cuchillo escondido en el agarre curvo de su mano, comenzó a sondear mi entrada con el mango. Fue duro, pero cálido por su mano. Los bordes eran redondeados, suaves al frotar mi carne húmeda e hinchada.

—Vas a disfrutar con este cuchillo, Jess —dijo—. Y vas a mantenerte abierta, agradable y tranquila, para que no te lastimes.

Estaba gimiendo incluso antes de que entrara en mí. Presionó la manija hacia adentro, el objeto extraño estiró mis paredes y me hizo palpar a su alrededor. Incliné la cabeza hacia atrás, los ojos cerrados con fuerza, mis jugos goteando con renovado entusiasmo. Incluso el más pequeño de los movimientos se sentía bien, el torrente de endorfinas de mi orgasmo pesado en mi sangre. Manson se movió lentamente mientras metía y sacaba el mango de mí, cada empuje hacía que mis músculos se apretaran de placer.

—Mírame, Jess. Ahora mismo. No te atrevas a apartar la mirada. Quiero ver todas tus bonitas lágrimas mientras te corres sobre este cuchillo para mí, ¿entendido?

Mirarlo a los ojos significaba sentir que toda la humillación de mi situación volvía a caer sobre mí. El movimiento de su cuchillo me hizo jadear, estremecerme, gemir cada vez más fuerte hasta que Manson de repente presionó su mano sobre mi boca.

—Grita todo lo que quieras —gruñó—. Realmente no tienes muchas opciones.

Mis músculos se tensaron, agarrándose al mango. Mi visión se volvió borrosa y mis ojos se pusieron en blanco mientras gritaba con abandono, su mano sofocó mi ruido cuando me corrí de nuevo. El primer orgasmo había sido una bendición, pero esto... Dios, me sentí aplastada bajo su fuerza bruta. Mientras el éxtasis rodaba sobre mí en oleadas aparentemente interminables, Manson continuó empujando dentro de mí, riéndose de cada grito agudo, de cada movimiento frenético y abrumado de mi cuerpo, del breve pero violento chorro² de excitación que se produjo antes de que pudiera detenerlo.

—¿Incluso chorreando para mí? Qué buena chica, tan buena, ¿no es eso mucho mejor?

Me quedé inerte y consumida mientras él retiraba con cuidado el cuchillo y me descubría la boca. Mi cuerpo se estremeció y se contrajo con las réplicas de placer, mis ojos desenfocados. Observé en silencio mientras

²Hace referencia a la eyaculación femenina, también conocida como “squirting” en inglés.

me quitaba las esposas, bajando mis brazos y frotando mis hombros para que la rigidez de mis músculos doloridos desapareciera bajo sus manos.

—¿Estás bien? ¿Hm? Háblame.

—Estoy genial... simplemente genial... —Sonreí con cansancio. Me pregunté adónde se había ido la Jessica orgullosa, burlona y atrevida, porque lo que quedaba de mí no era ella en absoluto. Todo lo que quedaba era mi cuerpo dolorido y complacido, absolutamente enamorado del hombre que tenía delante. Ese maldito fenómeno... ese perdedor... ese absoluto bicho raro... me había dado los mejores orgasmos de mi vida.

Y ni siquiera había terminado.

Estaba desabrochando su cinturón, sacándolo de sus jeans, tirándolo a un lado. Desabrochando las correas de su arnés, deslizándolo y luego tirando de su camisa por su cabeza. Su pecho era liso, delgado, musculoso. Lo alcancé, mis brazos todavía temblaban, y rasqué mis uñas por su pecho. Él sonrió cuando dejé largas líneas rojas en su piel, y sonreí más cuando llegué a sus jeans y abrí el botón con entusiasmo, luego bajé la cremallera. Su polla dura se tensaba contra sus calzoncillos, y acaricié mis manos a lo largo de su longitud sin tirar de la tela. Se sentía tan grueso, la idea de él forzando a ese monstruo dentro de mí me hizo gemir. Se inclinó y me besó profundamente mientras yo continuaba acariciándolo.

—Quiero follarte, Jess —su voz era un gruñido, sus ojos ardían mientras me miraba.

—Por favor, hazlo —no pude pronunciar las palabras lo suficientemente rápido—. Por favor.

Se quitó los pantalones, pateándolos de la cama. Sus calzoncillos fueron los siguientes, revelando la polla que había estado esperando tan desesperadamente. Me dio la vuelta sobre mi estómago y arrastró sus uñas por mi columna, hasta que agarró mis caderas, poniéndome de rodillas. Presionó mi cara contra el colchón, asegurándose de que supiera mantenerme en esta posición. Apretó mi trasero, reavivando el dolor de mis azotes anteriores, y abrió mis mejillas.

—Te ves tan bien —murmuró. La cabeza de su polla presionó contra mí, no lo suficientemente fuerte como para entrar, solo para provocar.

Traté de empujarme hacia atrás, pero él me agarró con más fuerza y me mantuvo en su lugar, dándome un manotazo por si acaso. Me penetró lentamente, solo la punta al principio, lo suficiente como para hacerme jadear antes de que saliera.

—¿Dos orgasmos no son suficientes para ti? —se burló—. ¿Crees que necesitas más?

Lo miré, boquiabierta desde el colchón, sonriendo, temblando, lista. —Quiero todo lo que me puedes dar, Amo.

Me penetró por completo, profundo y duro, estirándome con tanta fuerza que grité. Agarré las mantas mientras me follaba, con movimientos largos y profundos que me hicieron temblar las piernas. Cambió su ritmo al compás de mis sonidos, perfeccionando su técnica en torno a mis reacciones, en torno a mi placer. Me golpeó de nuevo, provocándome un gruñido y se rió. —Qué ángel tan vicioso.

Metió la mano entre mis piernas y comenzó a frotar mi clítoris. La estimulación casi me hizo perder mi posición. Enterré mi cara en las mantas, amortiguando mi ruido mientras palpitaba alrededor de su polla y otro orgasmo me atravesó. Estaba mareada, abrumada, jadeando cuando él salió de mí.

—¿Te gusta eso? —gruñó, volteándome sobre mi espalda. Su mano apretó alrededor de mi garganta, presionándome contra el colchón mientras entraba de nuevo en mí—. Me encanta cuando gimes así. Tan sensible. —Su pulgar presionó mi clítoris sobreestimulado, provocando un fuerte y frenético gemido mientras empujaba dentro de mí—. ¿Es demasiado, angelito? ¿Hmm? Eso es una lástima, ¿no? Me encanta verte correrte. De hecho, creo que me gustaría verte correrte de nuevo.

—N-no puedo... —jadeé—. Por favor... no puedo... correrme de nuevo...

—Oh, por supuesto que puedes. —Con un empujón más profundo, se retiró de mí de nuevo. Pero reemplazó su polla con dos dedos, follándome mientras frotaba mi clítoris. Curvó sus dedos hacia arriba, golpeando una parte de mí que inmediatamente me hizo perder el control. Sacudí mis caderas, tratando inútilmente de retorcerme, sollozando por lo bien que se

sentía—. Así es, ángel. No puedes escapar. Te vas a correr y vas a gritar mientras lo haces.

Él estaba en lo correcto. No pude evitarlo. Mis manos lucharon por un agarre, mis uñas arañaron la manta mientras mi cuerpo se tensaba, mis músculos se estremecían, el torrente de excitación fluía fuera de mí cuando sus dedos me llevaron a la cima. Las lágrimas se deslizaron por mis mejillas, lágrimas de placer, de tantas emociones intensas y apresuradas que no pude contenerme.

Manson se lamió los dedos para limpiarse, cerrando los ojos mientras saboreaba el sabor. Luego acercó su rostro al mío, besando mis lágrimas hasta que solté una risita entre mis respiraciones desesperadas.

—Quiero correrme dentro de ti... —murmuró. Asentí.

—Por favor... por favor hazlo...

Presionó dentro, mi cuerpo le dio la bienvenida, el calor irradiaba a través de mí por el contacto. Presionó su rostro contra mi cuello, besándome, su sudor en mi piel, sus músculos abultados mientras se mecía contra mí, más rápido, luego más rápido aún.

Sus manos se enredaron en mi cabello, agarrándome posesivamente, y gruñó, gritando las palabras. —Joder, Jess...

Su polla se hinchó mientras se deslizaba dentro de mí. Me aferré a él, sonriendo mientras jadeaba a través de su orgasmo, temblaba, y finalmente me quedé allí: todavía dentro de mí, caliente y pesado contra mi cuerpo.

Nos acostamos uno frente al otro en la cama, con los brazos enredados, uno frente al otro. Encendió las luces, me ayudó a limpiarme y quitó el edredón mojado de su cama para que pudiéramos acostarnos en las frías sábanas.

Me quedé un rato con los ojos cerrados, disfrutando del resplandor crepuscular. Todavía estaba incrédula, asombrada y exhausta. Seguí repitiendo los eventos de las últimas horas una y otra vez, preguntándome por ellos. Había venido a esta fiesta para emborracharme, tal vez para besarme con algún extraño caliente. En cambio, sentí como si mi mundo hubiera dado la vuelta. Me había dado cuenta de cosas sobre mí que nunca había conocido.

Abrí los ojos y encontré a Manson mirándome. Parecía somnoliento, suave mientras yacía desnudo. Me dio esa sonrisa torcida que había visto tantas veces esa noche.

—¿Quieres volver abajo? —él dijo. Sus dedos rozaron ligeramente mi mejilla.

—¿Tú sí?

Él se encogió de hombros. —Me gusta estar aquí. Así. Contigo.

Sonreí. —A mí también.

—¿Eso fue... eso fue bueno para ti?

Mi sonrisa se ensanchó. —Muy bueno.

Se inclinó más cerca. Su beso fue tierno, la joya de la corona de su sadismo. ¿Cómo podía un hombre ser tan cuidadosamente cruel y tan brutalmente gentil? —¿Entonces podemos hacerlo de nuevo?

—Absolutamente.

Epílogo

La casa se sentía tan tranquila durante el día. Los asistentes a la fiesta se habían quedado dormidos en los sofás, en los dormitorios adicionales, y se acurrucaron en el suelo con mantas y cojines. Gimiendo, con resaca, Daniel andaba arrastrando los pies por la casa, arrojando botellas de cerveza y latas vacías en una enorme bolsa de basura negra cuando Manson y yo bajamos las escaleras.

—Bueno, maldita sea. —Hizo una pausa cuando nos vio, parpadeando rápidamente—. ¿Es lo que creo que es? —Señaló nuestras manos, nuestros dedos entrelazados. Yo solo sonreí.

—Tranquilo, amigo —dijo Manson—. No empecemos rumores inoportunos, ¿eh? —Pero guiñó un ojo cuando nos dimos la vuelta, y escuché a Daniel murmurar: De ninguna manera...

La pobre Ashley había pasado la mañana en el baño, sintiendo las secuelas de todas sus bebidas. Se arrastró hasta el coche delante de mí, murmurando que necesitaba algo grasiento para el desayuno y mirando a Manson de reojo.

—¿Estás seguro de que no quieres venir con nosotras? —Dije, mientras Manson me acompañaba por la acera hacia el coche. El aire de la mañana era fresco y ventoso, así que me había dado su enorme y suave sudadera con capucha para que me la pusiera. Cayó sobre mis manos y bajó hasta mis muslos.

—Necesito ayudar a Daniel con la limpieza. —Se volvió hacia mí cuando llegamos al coche, abrazándome. Inhalé profundamente, cerrando los ojos por un momento. Todavía olía tan bien—. Además, no creo que Ashley esté lo suficientemente cariñosa conmigo para eso.

—Oh, ella lo superará.

—Eventualmente —sonrió, dejando un beso en mi frente mientras se separaba de mí—. Pero desayunar, en otro momento, parece una buena idea.

—Bien. ¿El próximo fin de semana, entonces? —No quería dejar sus brazos. Su cercanía trajo recuerdos parpadeantes de la noche anterior: la intensidad, la pasión, la brutalidad. Se me puso la piel de gallina.

—Suená bien para mí. —Me dio un manotazo en el trasero mientras me alejaba—. Sé buena ahora.

—Oh, no sé nada de eso. —Hice una pausa, mi puerta medio abierta. Ashley me estaba gimiendo desde el asiento del pasajero, jurando que nunca volvería a beber—. Es difícil ser buena.

—Supongo que tendré que seguir enseñándote entonces —dijo, con un suspiro exagerado—. Qué dolor.

Sonreí dulcemente, moviendo mis dedos hacia él. —Adiós perdedor.

Él sonrió, su tono de advertencia. —Jess...

Tenía que saber en lo que se estaba metiendo. Él podía manejarlo, pero eso no significaba que fuera a ponérselo fácil. —Lo siento lo siento. Puedes castigarme la próxima vez —bajé la voz, lo suficientemente alto como para que él lo escuchara—. Amo.

EL FIN

Espero que esta pequeña y sucia historia mía te haya traído placer, querido lector. No puedo agradecerles lo suficiente por elegir retomar mi trabajo. Si lo disfrutaste, deja una reseña corta (¡o larga!) en Amazon. Un escritor independiente como yo siempre se siente honrado de saber cuándo mi escritura te ha traído felicidad. Hasta la próxima vez.

- Harley

Este libro fue traducido por

Letras Nocturnas

